

la
revolución
cubana
un
testimonio
personal

ciro
alegría



CIRO ALEGRIA

LA REVOLUCION
CUBANA
UN
TESTIMONIO
PERSONAL



EDICIONES PEISA

Lima - Perú

Recopilación y fotos: Dora Varona

Notas: Nydia Sarabia

Dibujo de la portada: Víctor Escalante

© Copyright 1973 by

Ediciones Peisa

Primera edición: Mayo de 1,973.

EDICIONES PEISA

COLECCION:

AUTORES PERUANOS

1. Gonzales Prada, Manuel HORAS DE LUCHA (2a. Edición)
2. Gonzales Prada, Manuel PAGINAS LIBRES (2a. Edición)
3. CUENTOS REVOLUCIONARIOS Antología 170 págs. (2a. Edición)
Selección que reúne a los siguientes narradores: César Vallejo, César Falcón, Ciro Alegría, José M. Arguedas, Sebastián Salazar Bondy, Julio Ramón Ribeyro y Mario Vargas Llosa.
4. ENSAYOS REVOLUCIONARIOS Antología 220 págs. (2a. Edición)
El volumen reúne ensayos socio-políticos de los siguientes autores: Manuel Gonzales Prada, José Antonio Encinas, Luis E. Valcárcel, José Carlos Mariátegui, Raúl Porras Barrenechea
5. POESIA AMOROSA DEL PERU Antología
6. Vallejo, César EL TUNGSTENO (Novela)
- 7, 8 y 9 Palma Ricardo TRADICIONES PERUANAS
585 págs., Tres Tomos
- 10 Ciro Alegría LA REVOLUCION CUBANA, UN
TESTIMONIO PERSONAL
11. Abraham Valdelomar LOS HIJOS DEL SOL



11

BIOGRAFIA DE CIRO ALEGRÍA

Nació el 4 de noviembre de 1909, en una hacienda de la provincia de Huamachuco, departamento de La Libertad, Perú. Sus padres, José Alegría Lynch y Herminia Bazán Lynch, tenían un mismo abuelo irlandés.

A propósito de este cruce de razas, el novelista diría: "Mi abuela materna Juana Lynch, era hermana de mi abuela paterna, pero sólo de padre. Este se llamaba Manuel Lynch y era hijo de don Diego. Mi abuela Juana era hija natural de don Manuel, con una mujer del pueblo. Debo hacer especial mención de mi abuela Juana. El cruce de sangres y su entronque popular le habían dado una personalidad original. Era física y espiritualmente hermosa, de gran bondad, ingenio, palabra serena y fácil. Era fuerte y al mismo tiempo tierna, tranquila y alegre. Quien la veía, se sentía hijo suyo y ella, por su parte, parecía sentirse madre de todos. Su memoria encerraba toda la tradición de esas montañas. Ella me contó innumerables cosas, que había visto o había oído. También sabía muchas leyendas y cuentos populares, ya sea de indios o hispanos. Solía cantar con hermosa voz toda clase de canciones folklóricas. En suma, era una de las personas más naturalmente bien dotadas que he conocido. Y se murió de vieja, pasados los cien años. No murió de ninguna enfermedad. Simplemente se acabó. De niño yo tuve la influencia de esta mu-

jer que era una fuente natural de sabiduría y que, personalmente, no hacía diferencia entre el rico y el pobre, entre el indio o el blanco. Ya mayor, pensando en ella, rastreando las razones por las cuales era ella así, adquirí gran respeto por el pueblo del cual venía”.

Apenas cumplidos los cuatro años de edad, Ciro Alegría fue llevado por sus padres a la hacienda Marcabal Grande, situada en la misma provincia de Huamachuco, que era propiedad de su abuelo paterno, don Teodoro Alegría. El padre de Ciro venía como administrador de la misma. En este lugar el escritor permaneció los primeros años de su vida.

A los siete años viajó a Trujillo, donde residía su abuela paterna, Elena Lynch. Ingresó en el primer año de primaria del Colegio Nacional de San Juan, donde fue alumno del gran poeta peruano César Vallejo. Como a los once años enfermó de fiebres palúdicas y tuvieron que trasladarlo a Cajabamba, bella ciudad de la sierra del norte del Perú. Allí residió en la casa de su tío Gerardo Falcón y estudió, durante tres años en el Instituto Moderno.

Permaneció en la hacienda Marcabal Grande en 1925, a la que había vuelto periódicamente en sus vacaciones. Durante este año cultivó la tierra a la cabeza de doce peones, talando la selva. Este contacto con los indios y cholos trabajadores de la hacienda o vecinos, le permitió conocer la manera de ser de la gente del pueblo, cosa que habría de repercutir en su tarea de escritor. Entre los peones conoció al gran narrador cholo Manuel Baca, de quien escuchó infinidad de historias y leyendas que aparecen en sus obras. Sobre ello escribió el novelista: “Cada vez me identifico más con la vida de los campesinos y de la naturaleza. El año que pasé en Marcabal fue decisivo en mi formación. Ayudé a mi padre en las tareas de la hacienda. Cultivé la tierra y leí gran parte

de los libros que tenía mi padre en su biblioteca. De los peones aprendí muchos aspectos del carácter y la sociología de los indios. Fuera de que, debido a mi formación, yo mismo soy como los indios y los cholos, en gran medida”.

En 1924 Alegría regresó a Trujillo a fin de estudiar de nuevo en el Colegio Nacional de San Juan. Por esta etapa leía mucho la revista **Amauta**, editada en Trujillo por el grupo indigenista que encabezaba el escritor y sociólogo peruano José Carlos Mariátegui, defensor de la doctrina indigenista.

En enero de 1926 fallecía la madre de Ciro en Trujillo, donde la habían llevado para operarla. En este mismo año conoció algunos escritores y artistas de Trujillo. A mediados de año se escapó a Lima con un compañero de colegio apellidado Rojas, constructor de un acumulador ya inventado. Ciro no logró vender sus cuentos ni conseguir trabajo. Rojas regresó a Trujillo, pero Ciro siguió probando suerte en la capital. Lo echaron del hotel y durmió, durante varias noches en los bancos del Zoológico. Pasó hambre. Un tío lo encontró y lo devolvió a Trujillo. Llegó a tiempo para los exámenes y no perdió el año.

Durante las vacaciones de 1926 fue vendedor de libros y revistas en la misma ciudad de Trujillo. La empresa fracasó.

En 1927, cuando cursaba el cuarto año de Secundaria, fundó un pequeño periódico con varios compañeros del colegio, al que llamaron **Tribuna Sanjuanista**. El fue nombrado director. Antenor Orrego, el intelectual trujillano, que era por ese entonces director del diario **El Norte**, lo mandó a buscar. En diciembre de ese año comenzó a trabajar en **El Norte** como reporter.

Durante los meses de enero, febrero y marzo de 1928 fue repórter policial del mismo diario. Por aquellos años comenzó a publicar sus primeros versos.

En 1929 se vinculó a una compañía de construcciones. Trabajó de capataz en la construcción de una carretera y un puente. Después regresó a la redacción de **El Norte**.

En 1930 ingresó en la redacción del diario **La Industria** de Trujillo e ingresó en la Facultad de Letras de la Universidad. A fines de ese año los estudiantes lanzaron un movimiento de protesta contra el gobierno, lo que le valió ser expulsado de la Universidad.

A comienzos de 1931 ingresó en el Partido Aprista, formando parte del Comité Ejecutivo del Primer Sector del Norte, con sede en Trujillo. Este partido realizaba una labor intensa de oposición a la tiranía de Sánchez Cerro. En diciembre de este año fue apresado y conducido a la cárcel de Trujillo, donde permaneció hasta el 7 de julio de 1932, fecha en que la revolución de esta ciudad lo libertó.

Es perseguido una vez que fracasó la revolución. Huyó a los Andes, pensando ganar la frontera y pasar al Ecuador. Después de huir durante varios meses fue capturado en Celendín. Es conducido a Trujillo, donde se entera de que ha sido sentenciado en ausencia a diez años de penitenciaría. Es trasladado a la cárcel de Lima, donde permaneció hasta octubre de 1933.

De inmediato ingresó a la redacción del diario **La Tribuna de Lima**, donde escribe crónicas, reportajes y la sección **Barricada**. En este diario trabajó cuando no se lo suspendía, pues varias veces le fue aplicada la Ley de Emergencia. En diciembre de 1934 fue desterrado a Chile, llegando a la ciudad de Santiago el mismo día en que se daba la noticia de la muerte del poeta José Santos Chocano.

Ciro Alegría tenía en aquel entonces 25 años y "llevaba la responsabilidad de sus trabajos con su

pluma y sus recuerdos". Cobraba cincuenta nacionales que le pagaba el diario **Crítica** de Buenos Aires.

Escribió un relato destinado al Suplemento Literario, titulado **La Balsa**, el que fue rechazado por su excesiva extensión. Al conocer las bases del Concurso Nascimento, decidió trabajar más el cuento **La Balsa** y hacer una novela corta. De aquí surgió **La Serpiente de Oro**, que obtuvo el Premio Editorial Nascimento, auspiciado por la Sociedad de Escritores de Chile. El libro se publicó en diciembre de 1935.

Fue elegido, en 1936, miembro del Directorio de la Sociedad de Escritores de Chile. Era la primera vez que un extranjero entraba a formar parte de este directorio. Desde esa vez, la Sociedad tomó la costumbre de admitir a un escritor, foráneo residente, en su seno.

En 1936, el exceso de trabajo y las dificultades económicas lo enfermaron de los pulmones, teniendo que ser recluso en el sanatorio San José de Maipo. Donde permaneció cerca de tres años. A fines de 1938, cuando iba a ser reconocido para autorizar su salida, se le practicó un neumotórax. Al hacer la punción, una burbuja de aire le produjo una embolia, a consecuencia de la cual quedó ciego y con medio cuerpo paralizado. Después de un largo y penoso tratamiento recobró la vista y, con más dificultad, el movimiento. El doctor Jurisic, admirable amigo, le aconsejó que debía escribir si deseaba seguir viviendo. Pero no tenía dominio aún sobre sus manos, por lo que una **m** tenía 5 lomos, por ejemplo. Una noche, escuchó ladrar incesantemente a unos perros guardianes del hospital, y vino a su mente una historia, contada cuando él era niño por su abuela Juana, en la que una sequía arrasó pueblos. Fue así como surgió la novela **Los perros hambrientos**, ganadora del Premio Zig Zag 1939, de Santiago de Chile. Sale del sanatorio en este mismo año, con el pulmón izquierdo inutilizado.

Por esta época comienza a colaborar en la revista **Babel**, de Santiago de Chile, que dirigía el escritor Enrique Espinoza.

En 1940 escribe la novela **El mundo es ancho y ajeno**, con el apoyo moral y económico de un grupo de sus amigos, que depositan una fe digna de elogio en el joven y convaleciente escritor. Su novela obtiene el Premio Latinoamericano que ofrecía la Editorial Farrar & Rinehart. Recibe el premio de \$2,500.00 (dólares) el 14 de abril de 1941, en un grandioso homenaje que le ofrecen en el Hotel Waldorf Astoria de Nueva York.

En 1941 marchóse, por su cuenta, a San Francisco. A su regreso a Nueva York se publicó su novela premiada en inglés, traducida por Harriet de Onís, esposa del profesor español Federico de Onís, con el título de **BROAD AND ALIEN IS THE WOLRD**, en noviembre de este año. La crítica de esos meses fue pródiga en elogiosos comentarios, sobre la novela del joven escritor peruano.

Trabajó, en 1942, durante unos meses en la revista **Selecciones** y luego fue llamado a Washington, por las Oficinas del Coordinador de Asuntos Interamericanos: Agencia Federal encargada de la propaganda de guerra en América Latina y otras actividades relacionadas con el momento bélico. Trabajó en la sección de prensa. En el año 1943 fue trasladado a la misma oficina en Nueva York y trabajó en la sección de Radio y ocasionalmente en la de Prensa, hasta que finalizó la guerra. Durante estos años ofreció conferencias en las Universidades de Columbia, Brooklyn College, Middlebury College, Unión Panamericana y otras muchas instituciones y sociedades culturales.

Independientemente, escribió un comentario semanal para la Overseas News Agency, sobre problemas políticos y sociales, que se repartía a doscientos

periódicos de América Latina. Este trabajo lo realizó durante 1945 y 1946.

Dictó cursos de verano en la Universidad de Columbia, sobre Novela Hispanoamericana y trabajó como traductor de películas al español.

Continuó colaborando, todo el año de 1948, con regularidad, en la revista Norte de Nueva York, diario **La Prensa**, **Diario de Nueva York** y las revistas **Red-Book**, **Encore**, **Free World**, **The Nation** y otras.

En este mismo año renunció públicamente al APRA, en tres artículos publicados en el **Diario de Nueva York** y reproducidos en gran número de órganos de prensa de América Latina.

Es contratado por la Universidad de Puerto Rico como profesor de Literatura Hispanoamericana y Técnica de la Novela en el Departamento de Estudios Hispánicos. Dictó también un curso sobre Problemas Contemporáneos en la Facultad de Pedagogía. Durante su estancia en Puerto Rico colaboró en la sección "Los hechos y los días" del diario **El Mundo** de San Juan y la revista **Asomante**. Ofreció muchas conferencias en sociedades culturales y centros de estudios. Entre ellas la auspiciada por la Alianza Francesa en el Ateneo, que versó sobre el Centenario de Balsac.

Su ensayo sobre **El personaje de la novela hispanoamericana**, presentado en 1950 al Congreso de Literatura Ibero-americano, celebrado en Albuquerque, Nuevo México, se publicó en las **Memorias** de dicho Congreso.

Presencia en Cuba (1953-1960)

Con motivo del Congreso de Escritores Martiños, efectuado del 20 al 27 de febrero de 1953 para conmemorar el Centenario de José Martí, Ciro Alegría fue invitado junto con otros escritores, entre

ellos Gabriela Mistral, a participar en el mismo, siendo designado vice-presidente de una de las comisiones. Era evidente que había llegado a Cuba en momentos en que para el pueblo el Centenario no fue efectuado con la brillantez que debió celebrarse, pues ya la dictadura de Batista había comenzado su represión entre las masas de estudiantes, trabajadores y profesionales.

Sobre su segundo viaje a La Habana escribió: "En mayo del 53, vine a Cuba para empeñarme más intensamente en mi trabajo de escritor y, sobre todo, obedeciendo a un superior mandato del alma".

En junio de 1953, Alegría terminó su narración "Duelo de Caballeros", que fue publicada en tirada aparte de la Miscelánea de Estudios dedicados al Dr. Fernando Ortiz por sus discípulos y amigos, desde San José del Lago, Mayajigua, en la provincia de Las Villas.

A Henry Bonneville, profesor de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de Grenoble le escribía con fecha 17 de julio de 1953 lo siguiente: "Yo me encuentro ahora en este bello lugar de Cuba, (se refería a San José del Lago) escribiendo una novela que se llama "Lázaro" y que espero terminar para setiembre. Por lo que llevo escrito, me parece que será mi mejor obra. Presenta una revolución suramericana y las alternativas de vida y muerte en un tiempo de fusilamiento. Mi experiencia de la revolución de Trujillo contribuye a que pueda ver el fenómeno por dentro como creo que hasta ahora no se ha hecho en relación con esta clase de drama latinoamericano" y luego añadía: "A partir de setiembre me estableceré en La Habana, pues, sin desvincularme del todo de la Universidad de Puerto Rico, he resuelto seguir mi propio camino de periodista y escritor".

Un nuevo encuentro con Gabriela Mistral en La Habana, en 1954, le hace referir: "Meses después de estar yo en Cuba, Gabriela Mistral me comunicó que venía de nuevo a este país. Deseaba desde luego, verme y, de ser posible, que le mostrara lo más interesante de la Isla. Buen cicerone se buscaba. Yo apenas conocía a Cuba por haberme dedicado a escribir una inmensa novela —me refiero al número de páginas— y hallarme por otras circunstancias, en el mejor de los mundos".

De pronto vi en los periódicos, que Gabriela había llegado y hospedábase en casa de la poetisa Dulce María Loynaz. No fui a verla de inmediato. Mis momentos libres eran escasos por sobra de trabajo y vida plácida. Hay tiempos en que la existencia se complace en ser un regalo.

Gabriela enviéme una nota refunfuñonamente conminatoria. "Mal amigo", decía. Yo me colgué una noche del teléfono, anunciando mi visita. Momentos después llegaba a la residencia de Dulce María Loynaz.

Gabriela estaba sentada en la sala e incorporóse al verme. Aquella vez me reconoció perfectamente. Con sus dos manos apretó cálidamente las mías. "¡Qué gusto de verlo de nuevo!", dijo. Luego se quedó silenciosa, estrechando mis manos siempre y mirándome de pies a cabeza con los ojos verdes a todo júbilo. ¡Qué clase de silencio aquel! Hacía que su afecto por mí, fuera a la vez sereno y cálido.

Presentéme al fin a otras personas y me invitó a tomar asiento. En la sala estaban la dueña de casa, de trato muy gentil, la poetisa Mirta García Vélez y algunas gentes de letras más.

Durante 1954 Ciro Alegría permaneció en La Habana, escribiendo su nueva obra, "Lázaro". Pensaba terminarla de noviembre a diciembre de ese año. Por

lo que llevaba escrito creía que iba a superar a "El mundo es ancho y ajeno".

Pasó luego a San Miguel de los Baños, un lugar de baños termales y de reposo, cerca de La Habana.

El 26 de diciembre de 1955 comenzó a escribir la sección **Charla** para el periódico **Alerta** de La Habana. Eran crónicas literarias e históricas sobre la vida americana, aunque hacía sus incursiones analizando la situación política internacional. Su primer artículo se lo dedicó al pintor ecuatoriano Osvaldo Guayasamín, por haberlo conocido en Nueva York y quien resultó ser el ganador del Gran Premio de la Tercera Bial Hispanoamericana de Arte de Barcelona.

En abril de 1956, Ciro fue contratado por el Lyceum de La Habana, institución femenina, para dictar un cursillo sobre el arte de escribir novelas.

Durante este mismo año, la Universidad de Oriente, que acababa de ser fundada, lo seleccionó, junto con un grupo de profesores invitados, para iniciar un curso en su Escuela de Verano, en la IX Sesión. Ciro Algría fue contratado para dictar el tema titulado: "La novela y su técnica". Se trataba de un estudio exhaustivo del tema apuntado en el título de este curso, cuyo sinónimo, un tanto popular podría ser "qué es y cómo se hace una novela". Emplearía 18 horas y el mismo estuvo señalado del 6 al 25 de agosto de 1956. Asistí al mismo. Ese fue mi primer encuentro con el escritor.

Como muchos de los profesores, especialmente de dicha Universidad, formaban parte de la directiva del Lyceum de Santiago de Cuba, el escritor fue invitado para dictar una o dos conferencias sobre literatura. Recuerdo que fui una de las personas que lo invitó, pues yo pertenecía entonces a la sección de divulgación y propaganda.

El 30 de agosto de 1956, Alegría escribió en **Alerta** una **Charla** donde decía que "el ron de Santiago es más ron". Esto gustó mucho a los dueños de la empresa Bacardí quienes de inmediato le propusieron que escribiera un libro donde plasmara la historia de dicha industria, a propósito de su centenario.

En el contrato Alegría proponía a la empresa comenzar a trabajar en el libro a partir del primero de noviembre de 1956, o sea cuando terminara su contrato con la Universidad de Oriente. Para ello tramitó con el departamento de inmigración su residencia en Cuba, pero advertía que en el futuro debía viajar a Puerto Rico y México.

En aquellos momentos, Ciro me propuso trabajar con él para las primeras investigaciones sobre la fundación de la fábrica de ron. Yo estaba sin trabajo, pues era maestra interina de una escuela nocturna del gobierno destinada a la alfabetización de empleadas domésticas, o sea la clase más explotada de aquellos días, casi todas campesinas que emigraban a la ciudad en busca de trabajo. Había laborado tres años consecutivos por medio sueldo, mientras la propietaria del aula, por privilegios, vivía cómodamente en La Habana. Esta se movió con los políticos de entonces y quedé cesante, a pesar de que la ley me favorecía. Estábamos en plena etapa de la dictadura de Batista.

Me interesé en el trabajo y Ciro me abonaba cien pesos mensuales. Pasaba a máquina la **Charla** para **Alerta**, contestaba sus cartas y asimismo me dedicaba a investigar sobre el ron, bien entrevistando viejos obreros de la fábrica o buscando datos en los archivos.

En aquellos días recuerdo dictó una conferencia en el Liceo de Baire, con motivo de la fecha histórica del 24 de Febrero, que marcó el inicio de la Revo-

lución de Martí en 1895, y otro en el Club Cosmopolita de Jiguaní. Habló en este último lugar sobre la poesía revolucionaria y de destierro del Siglo XIX, tema que supo manejar como cualquier historiador o investigador cubano.

Ciro vivía por esta época en una pequeña y modesta habitación del hotel "Rex", en la Plaza de Marte o de la Libertad. Yo iba por las mañanas y en su máquina portátil de escribir, en una pequeña mesa, copiaba la **Charla**. Me dejaba libre las tardes.

Así fue, en el momento de este trabajo con el escritor, cuando nos sorprendió la insurrección armada de Santiago de Cuba, el 30 de Noviembre de 1956, para respaldar la llegada del yate expedicionario **Granma** que venía de México bajo la dirección de Fidel Castro.

El escritor me contaba que en la habitación donde se hospedaba, el camarero del hotel le había referido que se alojaron varios de los asaltantes al cuartel "Moncada", durante el 26 de Julio de 1953.

En esa oportunidad del levantamiento revolucionario, **Ciro** escribió algunas **Charlas**. Eran crónicas pasables, o sea que escribía en momentos de censura y se valía contando anécdotas que yo le suministraba o que él había observado. El se cuidaba de ser neutral en aquel conflicto, pues era un extranjero.

A **Ciro** le interesaba pulsar la situación del momento, pero sabía que tenía que ser muy cauteloso, pues de inmediato lo dejarían fuera de la nómina del periódico **Alerta** que era adicto a Batista.

Durante los días que sucedieron al levantamiento, en aquellos "impases", en medio de apagones, disparos e inseguridad, se iba a nuestra casa a charlar, a informarse de la situación. En esta ocasión hablaba sobre el fracaso de la Revolución de Trujillo, sobre el fraude del aprismo y refería que él también había

estado de guerrillero en los picachos de los Andes, sin resultado alguno.

Ciro opinaba que era muy difícil la situación para el núcleo guerrillero que se decía en aquellos momentos, quedaba en la Sierra Maestra, pues el ejército de Batista contaba con armas modernas, equipos convencionales suministrados por el gobierno norteamericano y que los guerrilleros podrían ser aniquilados de inmediato, si el ejército regular sabía emplearlas con astucia e inteligencia.

Luego nos hablaba de personajes de su tierra, de César Vallejo, que había sido su maestro; de Mariátegui. De Gabriela Mistral recuerdo una anécdota que me impresionó mucho. El refería que la poetisa chilena le había contado que siendo una niña, de edad escolar, no iba a la escuela y que la madre decidió llevarla al colegio más próximo, donde había una maestra sin capacidad de amar a los niños. La madre de Gabriela recibió, al poco tiempo, un recado de la maestra para que fuera en busca de la niña, pues no la soportaba, diciéndole a la madre que se la llevara, pues la niña era una anormal. Entonces la madre de la poetisa, llevándola de la mano, sacó a la pequeña y le espetó estas palabras sentenciosas a la maestra: ¡Algún día oirá hablar de mi niña!

Ciro admiraba profundamente a Gabriela. Se decía que sentía por ella un respeto de maestra, de madre.

Durante aquellas reuniones en nuestra casa de Santiago, se nos unió un cura franciscano de apellido Pértiga, un vasco muy partidario de la revolución que se iniciaba en la Sierra Maestra. Se enteró por éste que venía a su iglesia el padre Ignacio Biaín, hombre de gran cultura, director entonces de la revista católica **La Quincena**, de La Habana, y quiso conocerlo. Una tarde llevé a **Ciro** ante el padre Biaín

y charlaron. Luego **Ciro** me dijo que este sacerdote tenía ideas socialistas.

Viviendo en el hotel "Rex" arribaron una noche dos periodistas norteamericanos y se marcharon sigilosamente al otro día en la mañana. Cuando llegué el escritor me confesó que el camarero le había dicho que se trataba de dos periodistas que acababan de entrevistar a Fidel Castro en las montañas. Siempre me imaginé que se trataba de Bob Taber y el camarero que filmaron la película en el Pico Turquino con los rebeldes de Fidel, con los rifles en ristre, frente al busto de Martí en la cima más alta de Cuba.

Al referirse a su estancia en Cuba, **Ciro** Alegría escribió a Bonneville:

"Yo viví en Cuba desde los comienzos de 1953 hasta enero de 1960. Fuera de dedicarme a esa novela que se quedó a un lado por excesivo crecimiento, escribía en La Habana para los diarios y la revista **Carteles**. Algo mandé a "Cuadernos Americanos" de México. La Universidad de Oriente, que está en Santiago de Cuba, me contrató para dictar un curso de novela en la Escuela de Verano de 1956. Eso hice y me contrató luego para dictar un curso de un año sobre Gabriela Mistral, de quien fui muy amigo, y escribir un libro a base del mismo curso, que publicaría la Universidad. En eso estalló la revolución de Fidel Castro y la Universidad fue finalmente cerrada. La suerte me acompañó, como más de una vez, y la Compañía Bacardí, que iba a cumplir su centenario, me pidió que escribiera su historia. Es la compañía del ron famoso. Yo acepté porque me había quedado en el aire y no tenía otra alternativa. Además me pagaban bien... y todo eso me permitió ver de cerca la revolución de Castro".

A fines de 1956 la vida del escritor cambió. Apenas llegada de Europa, conoció a la poetisa cubana

Dora Varona. El 25 de mayo de 1957 contrajeron matrimonio en Santiago de Cuba.

Sobre ello dice el escritor:

"Nos fuimos a vivir a una casa de campo de mi cuñado en un pueblecito llamado San Vicente, a veinte minutos de Santiago de Cuba. Hicimos un viaje rápido a Puerto Rico, Haití y Nueva York, recogiendo datos, y, de paso, turisteando. Luego, me dediqué a escribir la historia allá en San Vicente. Debía ordenar una balumba de información sobre cien años de ron y sintetizarlo. Engolfado en eso, pude sin embargo percatarme de la tremenda lucha. Sonaban tiros cerca y lejos. Moría gente muy a menudo. Esto fue un prólogo, un tanto informal. Más tarde tomaron el pueblecito los barbudos.

En 1960 **Ciro** pensaba quedarse por más tiempo en Cuba a fin de escribir sobre el fenómeno histórico de la Revolución Cubana. Sin embargo, del Perú se le llamaba. Tenía deseos de regresar a la patria y así lo hizo en unión de Dora Varona y su hija Cecilia.

En carta fechada el 9 de diciembre de 1960, entre otras cosas, **Ciro** me decía: "De mí no tengo muchas noticias que darle. Ultimamente estuve en Buenos Aires, invitado por el III Festival del Libro. Me recibieron excelentemente bien, la prensa, los escritores y el público. Pero nada más. En toda mi vida hay más gloria que dinero...".

Cuando la crisis de octubre, momento de gran tensión para la humanidad, el 20 de noviembre de 1962, el periódico **El Mundo** de La Habana publicaba un cable de Prensa Latina dando cuenta de que un grupo de 56 intelectuales, artistas, escritores y periodistas peruanos, encabezados por **Ciro** Alegría, habían emitido un manifiesto en que subrayaban que "todo pueblo tiene derecho a su autodeterminación de acuer-

do con los postulados fundamentales de la Carta de las Naciones Unidas". Y agregaba: "Enfatizan que "la conservación de una paz digna es el más hondo anhelo del hombre y la defensa de ella su más alto deber" y que "el actual conflicto internacional puede y debe ser resuelto por medios pacíficos".

Un golpe militar en 1962 llevó al Perú hacia el restablecimiento del sistema parlamentario. Subió a la presidencia Belaúnde Terry, apoyado por Acción Popular. Ciro fue electo diputado. "Pese al carácter semi capitalista del nuevo régimen, soñaba con una especie de socialismo comunitario y deseaba un plebiscito que descartara definitivamente al APRA que controlaba la Cámara de Diputados".

En 1963 Alegría asistió a un congreso de escritores en Berlín. Sería la última vez que viajaría fuera del Continente Americano.

Bonneville acierta a contar lo siguiente: "El 22 de diciembre, conmovido por la suerte de Hugo Blanco, amenazado de ser condenado a muerte, me tomé la libertad, en nombre de nuestra amistad, de dirigirme a Ciro Alegría para pedirle que interviniera en su favor. Yo estaba seguro que no podía permanecer insensible a la muerte de aquel campeón de la causa del campesinado que tenía tantos puntos de semejanza con su propio héroe, Benito Castro. Ignoro si le llegó esa carta, pero no creo, si la recibió, que lo tomara a mal. Hasta estoy seguro que me hubiera contestado; desgraciadamente, una semana más tarde, había muerto".

Hasta el momento de su muerte, ocurrida el 17 de febrero de 1967, fue presidente de la Asociación Nacional de Escritores y Artistas, (ANEA) del Perú.

Cuando Ciro falleció repentinamente en Lima, dejó tres hijos de su matrimonio con Dora Varona, y a ésta le faltaban cinco meses para tener a Diego, a quien

no conoció Ciro, pero que entró en este mundo americano que ya no nos es tan ancho ni tan ajeno.

Con su muerte, las letras latinoamericanas pierden a uno de sus mejores artífices. Junto con otro gran desaparecido, José María Arguedas, se hace el recuento de su fructífera labor intelectual y se les coloca como precursores del indigenismo, pero asimismo, como hombres que vislumbraron un mundo nuevo en América.

Nydia Sarabia(1)

(1) Periodista y escritora, natural de Santiago de Cuba. Trabaja actualmente en los Archivos Históricos de la Revolución, La Habana.

CIRO ALEGRIA Y LA REVOLUCION CUBANA

Ciro Alegría llegó a La Habana en 1953. Lo que se estimaba sería una breve estancia, se prolongó hasta enero de 1960 y el mayor tiempo de aquellos siete años los vivió en Santiago de Cuba.

Nacido en el Perú, al venir a Cuba, Alegría había escrito ya tres novelas premiadas: "La Serpiente de Oro" y "Los Perros Hambrientos" en el 1935 y 1938, en concursos celebrados en Chile. Dos años después, en noviembre de 1940, había concluido su obra más notable: "El Mundo es Ancho y Ajeno", por la que recibió el premio del Concurso de Novela Latinoamericano.

Entre 1941 y 1943. Ediciones "Ercilla" hizo seis publicaciones del libro. Por entonces, en Inglaterra se vendían cerca de diez mil ejemplares. El hecho causaba verdadero asombro.

"Es satisfactorio ver que un libro latinoamericano, producido por una literatura desconocida fuera de su territorio, haya logrado un éxito sorprendente en momentos en que tantas cosas atraen la atención del lector inglés", afirmaba en esos años un comentario publicado por la revista "The Tribune".

A medida que pasaba el tiempo la obra de Alegría fue ganando en estima y popularidad. En 1960 se reportó la venta de más de doscientos mil ejemplares de su novela "El Mundo es Ancho y Ajeno". (Se le había traducido en trece idiomas y se tramitaba su segunda impresión en francés por una de las principales casas de aquel país). Pero, a los éxitos le seguían las trai-

ciones. Comerciantes del giro de varias naciones burlaron, en algunos casos, las leyes que protegían al autor. Esto, por supuesto, indignaba a Alegría.

En agosto de 1956 conocimos al novelista peruano. Una amiga común nos presentó. El había sido invitado por la Escuela de Verano de la Universidad de Oriente, para que dictara un cursillo acerca de la novela y su técnica. Los matriculados alcanzaron la veintena, sin que se contaran a los oyentes, y el curso comprendió treinta horas de clases.

Desde entonces Ciró Alegría fijó su residencia en Santiago de Cuba. Primero como huésped del hotel Rex: un edificio pequeño, de habitaciones reducidas, ubicado frente al Campo de Marte o Plaza de La Libertad, a pocas cuadras del ya legendario Cuartel Moncada.

Años después, en ese mismo hotel se alojaron algunos de los combatientes del histórico 26 de Julio de 1953. En el Rex, Alegría escribió la reseña de los acontecimientos del 30 de noviembre de 1956, cuando jóvenes del Movimiento Revolucionario tomaron la ciudad en respaldo al desembarco de la expedición del yate Granma, en el que Fidel Castro y 82 revolucionarios regresaban al país para iniciar la lucha guerrillera en la Sierra Maestra.

Alegría continuó la amistad con muchos de los que habíamos asistido al curso. Celebrábamos con él reuniones en las que se debatían cuestiones literarias. Se leían trabajos de quienes aspiraban a ser escritores y, en todos los casos, él escuchaba, asentía o aconsejaba.

El macizo montañoso de la Sierra Maestra, visto desde Santiago de Cuba, lo impresionaba. El escritor gustaba de escuchar la forma de hablar de la gente del pueblo. Observaba sus costumbres y seguía con celo analítico, de hombre forjado en la izquierda, el curso de los acontecimientos políticos.

Tal vez el paisaje montañoso de Santiago de Cuba le hiciera recordar pedazos de su Perú. Lo cierto es que él manifestaba una patente identificación con aquel rincón cubano.

En ocasiones nos dijo que proyectaba escribir una novela sobre la Revolución Cubana. Pero, sabíamos que antes debía terminar un libro en el que se narrara la historia de una de las principales instalaciones licoreras del país. Con esa finalidad hizo uno o dos viajes, entre ellos a Puerto Rico, pero siempre regresó a Santiago de Cuba... a San Vicente, lugar situado al oeste, en las afueras de la ciudad, en las estribaciones de la Sierra Maestra.

Allí escribió unas memorias sobre la lucha guerrillera en esas montañas, en las que narra hechos de que fue testigo, por ejemplo: el movimiento de guerrilleros durante el sitio que se le tendió a la capital de Oriente, para impedir que llegaran a Santiago de Cuba refuerzos del régimen enemigo.

Por esos años, San Vicente era como la frontera entre la ciudad bloqueada y el "Territorio Libre", es decir, extensiones dominadas por los guerrilleros.

Durante esa etapa, según nos dijo después, recogió anécdotas y experiencias valiosas.

Al triunfo de la Revolución fuimos a verlo a su retiro. Nos recibió con los ojos brillantes, llenos de un júbilo contagioso.

"Me parece que la Revolución Cubana es algo sorprendente —comentó—. Fidel ha logrado lo extraordinario porque ha combinado la personalidad del visionario con la del hombre de guerra que sabe que éste es un acontecimiento técnico y lo adquiere.... Las otras revoluciones —se refería a las ocurridas en Latinoamérica— carecían de disciplina y organización, pero la cubana ha sido distinta, los rebeldes con su aire medio montaraz eran un ejército en campaña

organizado en forma militar o, lo que es lo mismo, para combatir a un ejército fue creado otro ejército".

Aquella fue la última vez que lo vimos. Meses después **Ciro Alegría** regresaba a su patria. Allí se le rendían homenajes. No en vano su pluma denunció la trágica situación de los hombres humildes de América Latina.

Siete años después, el 17 de febrero de 1967, nos sorprendió la noticia de su muerte ocurrida en Lima, Perú. Sus amigos de Cuba sentimos una profunda pena... La Revolución Cubana había perdido un amigo.

Elvio Corona (1)

(1) Periodista, poeta, cuentista. Natural de Santiago de Cuba. Artículo distribuido por Prensa Latina. Reproducido en Lima por diario Expreso, 4 de enero de 1973.

San Vicente, Octubre 22 de 1959.
Dr. Fidel Castro,
Primer Ministro del Gobierno Revolucionario.
LA HABANA.—

Estimado Fidel: (1)

La idea de escribir un libro sobre la Revolución Cubana, ronda mi mente desde hace algún tiempo. Cuando mi amigo Waldo Frank vino últimamente a Santiago de Cuba, estuvimos conversando y me dijo que debería hacerlo. El tiene una alta idea de lo que tal libro podría significar.

Insistiendo en el asunto, sobre el que Waldo volvió muchas veces en el curso de la conversación, le manifesté que, de escribir dicho libro, tendría que hacer yo algo bueno, que estuviera por encima del nivel corriente, ya que se han echado toneladas de ramplonería impresa sobre la Revolución, y que para lograr el propósito necesitaría las facilidades del caso.

Waldo estuvo de acuerdo y se ofreció a hablar personalmente con usted. Ahora me escribe que así lo hizo y usted se interesó mucho en el asunto, diciéndole además que entrara yo en contacto con usted. Esta carta es, entonces, la toma de contacto. (Ya en los días de la lucha armada, allá por noviembre, cuando estuvo aquí el ejército rebelde, le dí al entonces capitán Félix Duque, dos libros para que se los

(1) Ciro Alegría no recibió respuesta a esta carta. Se supone que Fidel Castro, por sus recargadas responsabilidades, demoró en contestarla y, ya para entonces, el escritor se hallaba en Lima, Perú.

enviara de mi parte, haciéndole presente mi adhesión).

Lo primero que necesito es hablarle, para tratar del asunto del posible libro ampliamente. Y por desgracia no puedo ir de inmediato a La Habana, pues aquí me retiene un trabajo que tengo contratado y aún no termino. Pero a fines de noviembre o en diciembre estaré en La Habana, de paso al Perú, y podría verlo. Acaso venga a Santiago antes, en una de sus salidas de La Habana, y yo iría a entrevistarme con usted. Creo que debemos ponernos previamente de acuerdo sobre un plan de trabajo.

Al Perú debo ir en el tiempo señalado, para colaborar en la nueva revisión del guión y en la elección de exteriores para la filmación de **El mundo es ancho y ajeno**. A base de este libro mío, que ya ha vendido doscientos mil ejemplares en español y está traducido a diez idiomas, la Internacional Films de Buenos Aires va a hacer una superproducción en cine-mascope. Será la primera película de masas y grandes panoramas que se filme en América Latina.

Igual o superior éxito obtendría un libro sobre la Revolución Cubana, de estar bien hecho. Yo puedo escribirlo. Cuanto necesito es que nos pongamos de acuerdo y saber si usted podría facilitarme la información y el apoyo necesarios.

Esta carta resultaría interminable si le hablara de todas las cosas que tengo en mente en relación con la Revolución Cubana y pienso en sus muchas ocupaciones. Aguardo que haya ocasión de que se las exponga verbalmente.

Agradeciéndole su atención y en espera de su respuesta, queda a sus órdenes y le saluda muy cordialmente.

Ciro Alegría

SANTIAGO DE CUBA—30 DE NOVIEMBRE DE 1956

Los últimos días que ha vivido Santiago de Cuba, han sido una intermitencia de balazos y de quietud vigilante. (1) Súbitas rachas, ráfagas, crepitaciones de tiros, seguidas de grandes espacios de silencio.

Con las casas de comercio cerradas, con los taxis y autos particulares fuera de circulación, con pocos transeúntes o ninguno por las calles, la ciudad caía en momentos durante los cuales podía oírse el silencio.

Cabría hablar de paz si no hubiese estado nutrida de recelos. Era una paz en la que, a ratos, no se movían ni las hojas de los árboles. Sin embargo, maduraba en la silente quietud el estampido del fusil y todo era sólo una alarma callada.

Esta impresión se hizo más neta el sábado. El viernes por la noche la mayoría de los vecinos daba el asunto por liquidado. La sorpresa fue que el tiroteo recomenzó al siguiente día.

Nadie sabía exactamente dónde era el lugar de lucha, a menos que ocurriese en su propia calle.

Cuadras allá, a muy pocas de mi hotel, hubo en la mañana del sábado un recio fuego. Tuvimos una buena audición de combate. Estampidos secos de los fusiles, trepidación medio musical de las ametralla-

(1) El escritor se refiere al levantamiento armado del 30 de noviembre de 1956, en la ciudad de Santiago de Cuba, dirigido por Frank País y en apoyo al desembarco del yate expedicionario *Granma*, que procedente de Tuxpam, México, venía bajo el mando de Fidel Castro con 82 expedicionarios a bordo.

doras, breve chasquido de las armas cortas. A veces, amenazante y a la vez aislada, cruzaba cerca y dejando su rastro zumbador una bala...

En las calles resonaban los motores de los "jeeps" y los camiones repletos de soldados. Llevaban los cascos puestos y los fusiles prontos. Soldados y policías pasaban también a pie. En sus rostros ceñudos se reflejaba la emoción de la lucha.

A los combatientes civiles era difícil verlos, a menos que se estuviese mezclado en el encuentro. Usando la táctica de guerrilla, los civiles atacaban de pronto y desaparecían. De cuando en vez, como anunciando que alguien cayó, una ambulancia lanzaba su largo alarido...

Los pasajeros de mi hotel comenzaron a marcharse, por si acaso, el viernes por la tarde. A la vuelta de la esquina, en la Plaza de Marte, hay dos estaciones de ómnibus que van a La Habana y que mantuvieron el servicio contra viento y marea. Los cuasi furtivos sólo tenían que dar unos cuantos ligeros pasos para ganar el éxodo. ¡Gente precavida!

A casi todos los que se quedaron, la balacera matinal del sábado acabó de convencerlos. Se fue un profesor, natural de las Islas Canarias, que había venido a dar en la Universidad una conferencia acerca de la influencia de los colonizadores isleños en la historia de Cuba. Se fue un pío matrimonio que estaba pagando una promesa a la Virgen de la Caridad del Cobre. Se fue Zutano, se fue Mengano, se fue Perencejo. Se fueron...

En la noche del sábado, nos contamos en el comedor los remisos al desbando. Eramos un señor de avanzada edad, dos viajantes de comercio y yo. Nos había abandonado la cocinera, de miedo a andar de noche por esas calles. Cocinó el conserje. Uno de los viajantes de comercio anunció que se marcharía al

día siguiente, porque ya estaba bueno. El otro dijo que no se iría, porque tenía automóvil. Razón de la aparente paradoja: los guerrilleros habían asaltado algunos automóviles para utilizarlos en sus incursiones. Naturalmente, comimos discutiendo el tema del día.

Siempre discutiendo el tema del día, estábamos en el **lobby** cuando pasó algo asombroso: llegó un huésped. Era la esposa de un comandante, quien venía acompañada de su marido. El tenía un fusil ametralladora en las manos y la cara naturalmente seria. Fue con su esposa hasta la puerta de la habitación que a ella se le señalara y luego se marchó.

La señora no tardó en presentarse en el **lobby**. Le dimos las nuevas del día, tratamos de entretenerla. Al advertir aquel silencio que había en la calle, aquella soledad, esa impresión de riesgo que no existía en su bella Camagüey, decidió casi de inmediato que se marcharía en la mañana siguiente.

El domingo, día en el cual, dicho sea de paso, no pasó ya nada, se marchó hasta el viajante de comercio que tenía automóvil. Sólo quedamos el señor de avanzada edad y yo. A aburrirnos de lo mejor y comer la comida que hacía el conserje.

Así hemos estado hasta el lunes (Escribí estas líneas el martes). Mi hotel sufrió una crisis que no tiene trazas de pasar pronto. Si he de personalizar, diré que yo también he experimentado pérdidas económicas. El lunes por la noche, de puro aburrido, me puse a jugar a los dados con el conserje y su asistente. Perdí la suma de cinco centavos.

En la noche del sábado, fueron de ver las calles. Tal se dice, no había un alma. Era lo que ocurría en la calle de mi hotel, especialmente, debido a la balacera. Ahita de soledad y silencio, hablaba del temor de los transeúntes ausentes. Como en espera de nue-

vos balazos, parecía una paradójicamente clara encrucijada. Altos, ronroneaban los motores de algunos aviones de exploración. De cuando en vez, pasaba por la calle un grupo de soldados. Luego se extendía el vacío como un riesgo.

De pronto, en medio del silencio y la soledad, pasó por la calle una pareja de enamorados. Ajenos a cuanto para los demás era peligro, el hombre ceñía por el talle a la mujer y caminaban lentamente, sin prisa alguna de llegar, besándose, diciéndose cosas. La pareja parecía ignorar que existían guerrilleros, soldados y posibles balazos y muerte. La pareja caminaba dentro de un universo propio.

Poco después de que los enamorados se perdieron a lo lejos, se oyó un grito, repetido grito. Recordé que lo había escuchado confusamente la noche anterior y me pareció el de un pregonero de diarios. Tanto como se acercaba el grito, se fue diseñando la figura de un hombre canijo, que portaba una canasta. Su paso no era ligero ni despacioso y gritaba con aguda voz: "¡Tamales!, ¡tamales!" Nadie abría una puerta para comprarle, su pregón no tenía más eco que el de las paredes de la calle desierta. Y él seguía con aquella flema, anda que anda, grita que grita, "¡tamales! ¡tamales!", a riesgo de pescar un balazo en el empeño. Quizás tendría mucha necesidad de sus centavillos el tamalero y por eso se exponía. Quizás era sólo un indiferente. En todo caso, su cotidianamente familiar pregón, adquiriría esa noche un aire de hazaña.

Como media hora después de la pareja de enamorados y el tamalero, pasó un perro vagabundo. Tenía el particular aspecto flaco y triste del perro sin dueño. Pero acaso ni una balacera, podría librarlo de sus penas...

El lunes fui al correo a echar una carta. Las filas ante los despachos de estampillas eran larguissi-

mas y más ante la ventanilla del telégrafo. A la distancia los hechos dramáticos impresionan mucho y todas esas personas debían estar respondiendo a sus familiares. Más tarde, recibí yo mismo un cable. Alguien quería saber de mí. Contestándole, escribí solamente: "estoy bien", y le pregunté al empleado si había muchos cablegramas parecidos. "He perdido la cuenta, señor", me respondió. Luego dijo: "En la tarde tendré que sacar una cuenta larga: estoy bien, estamos bien, todos estamos bien". Afuera, brillaba el sol en las calles tranquilas.(1)

Periódico **Alerta**, 6 diciembre 1956.
La Habana.

(1) Periódico **Alerta**, 6 diciembre 1956 La Habana.

HOMENAJE AL TRANSEUNTE

Los últimos sucesos de Santiago de Cuba, en los cuales hubo balazos, muertos y heridos, me han hecho pensar en el transeúnte. Sé que el lector no se asombrará y menos si le digo que he pensado seriamente. Cuando yo pienso seriamente, acometo cualquier tema. Ahora le ha tocado el turno al transeúnte.

Hay una función humana que es tan imprescindible como comer, beber, respirar: la de transitar. Esta y las anteriores forman un conjunto de actividades necesarias en extremo grado. Mientras no se duerme, la permanente inmovilidad es propia sólo del muerto, del enfermo, del fakir, de Buda. Hasta el renombrado filósofo Kant echaba su caminata diaria o sea que volvía transeúnte. Porque eso de afirmar que el autor de la **Crítica de la razón pura** nunca salió de su pueblo ni de su cuarto, es una exageración de las que emplean "maestros y conductores" para inclinarnos a la sesuda práctica quieta del estudio y la meditación. Cada tarde, a la misma hora, el sabio Kant salía a dar una vuelta por Bonn y era un transeúnte cronométrico. Al verlo, decíanse los vecinos:

—Ahí pasa don Enmanuel... Vean si está bien el reloj... Pónganlo en la hora...

Es posible que no entendieran el método del filósofo, pero tenían absoluta fe en el método del transeúnte y en su reloj. ¡Hablan luego de la soledad de los genios!

Una tarde, no salió Kant a dar su habitual caminata. Fue cuando supo de la Revolución Francesa. Tales nuevas lo dejaron sentado. Algo tenía que sufrir en su condición de transeúnte.

Elegía del transeúnte

Mi erudición acerca de Kant no llega a tanto como para saber si acaso torcióse un tobillo o sufrió otro percance de transeúnte. Quede sentado que hasta el voluntario recluso ilustre fue un transeúnte sistemático y que su calidad de transeúnte padeció, como cumplía a tal eminencia, un accidente meditativo.

Con el de Kant y otros sólidos precedentes, ya va tornándose obligación el examen del transeúnte. Sin tiempo para escribir un tratado completo, que eclipsaría en meticulosidad y número de páginas al voluminoso libro chino sobre la preparación del té, quiero al menos dedicar unas líneas al transeúnte como víctima.

Háblase mucho de toda clase de desdichados y se hace algo en su defensa. Nadie dice palabra exacta sobre el transeúnte y en la realidad sigue poco o menos que abandonado. Un poeta chileno publicó hace ya muchos años, un libro de versos llamado **Tonada del transeúnte**. No lo he leído e ignoro si será lo suficientemente lamentoso. De que es triste debemos estar seguros, pues los poetas son expertos en desdichas. Pero creo que ese poeta y todos los otros, están todavía por descubrir el tema. Deben inspirarse, sentir hondo y cantar alto y escribir la elegía del transeúnte. No merece menos quien es personaje multitudinario y uno al mismo tiempo, dramático exponente de la condición humana.

Como no soy poeta ya, —la imposibilidad de dar excelencia épico-lírica a temas tan exigentes como el del transeúnte, me hizo desistir hace años—, diré ahora mi verdad en firme prosa.

El transeúnte en las revoluciones

El transeúnte es la víctima obligada de las revoluciones. Ya se sabe que en las revoluciones pelean, cuando tal hacen, (en nuestra América más que en parte alguna, prodúcense revoluciones incruentas) dos bandos: el que defiende al gobierno y el opositor que se ha alzado. Pero ocurre que en la lucha cae a menudo, como un pobre inocente extraviado en la tierra de nadie, el transeúnte. ¿Qué culpa tiene, puede-se decir así? La de ser transeúnte. Explicable es que los bandos en pugna se maten o hieran, si quieren. Tienen sus razones. Pero el pobre transeúnte no lucha y muere irrazonablemente. Con dificultad puede imaginarse una defunción súbita más desgraciada.

En este sentido, creo que durante los sucesos de Santiago de Cuba, se ha batido el record, proporcionalmente. Veamos la lista de bajas. Figuran como muertos 4 militares y 6 civiles. Entre éstos, 3 no tenían nada que ver con el alzamiento y 2 eran transeúntes. (1) El capítulo de heridos es todavía más demostrativo. Los militares hospitalizados hasta hoy son 12. Los civiles, 19. Entre éstos, 16 tampoco tenían que ver nada con la revolución y 13 eran transeúntes. Las cifras hablan por sí solas.

He vivido en varios países de América Latina y en todos ví lo mismo: el civil no comprometido y especialmente el transeúnte, salían con la cabeza rota. En tales casos, vuélvese triste epitafio o deplorable signo, la palabra escrita así entre paréntesis, al lado del nombre de un muerto o un herido: (Transeúnte). Es como quien dice "sin comerlo ni beberlo", gratis.

(1) Los tres revolucionarios que murieron en el levantamiento de Santiago de Cuba, el 30 de noviembre de 1957, en apoyo al desembarco del Granma, fueron el líder estudiantil, José Tey, Otto Parellada y Antonio Aloma. Los 2 transeúntes a que se refiere el autor, eran Antonio Ramírez Pagés y Juan Ponce. Este último dio la casualidad que fue uno de los combatientes del Morrillo, lugar donde cayó el 8 de mayo de 1935, el luchador antimperialista, Antonio Guiterras Holmes. Periódico *Alerta*, 10 diciembre 1956. La Habana.

SANTIAGO: UN MUNDO DE CONJETURAS

Recordarán los lectores que en charla anterior, hablé de la crisis que se produjo en mi hotel, sito en esta histórica ciudad de Santiago de Cuba, con motivo de la insurrección. Pues a pesar de que desde el domingo antepasado, la lucha de guerrillas ha desaparecido, la situación es la misma en cuanto a huéspedes. Continuamos aquí, como únicos pasajeros, el señor de avanzada edad y yo. Extiéndese por todo el establecimiento una tranquilidad que no le hace mucha gracia al propietario.

Periodísticamente, he hecho un pequeño survey, para emplear una palabra que está a la orden del día. Se ha limitado a mi barrio, pues una investigación más amplia habría estado fuera de mis posibilidades de trabajo.

En los otros hoteles vecinos, la desocupación es igual o parecida que en el mío. Casi toda la gente se marchó y poca o ninguna ha llegado.

—Tengo cuatro pasajeros. ¡Son los héroes de la resistencia!, me dijo un gerente con humor.

En otras palabras, los hoteles están sufriendo un promedio de pérdidas superior al 90 por ciento.

En las tiendas de ropas y artículos de uso personal, el descenso en las ventas fue mermando del 80 al 20 por ciento, sin contar los dos días de interrupción completa de las mismas. Un propietario se asombró, urgió por mí a hacer un cálculo aproximado:

—¡Figúrese usted, señor! Yo solo no lo podía hacer. La balacera le habrá costado a la ciudad como un millón. ¡Quien sabe más!

Las tiendas de comestibles se recuperaron más pronto —hay que comer para vivir—, pero hasta hoy venden menos, en un diez por ciento como promedio.

A las boticas les pasa igual, pues nadie va a dejarse morir por no ir en pos de las medicinas, pero un farmacéutico me aseguró que sufre aún el 20 por ciento de pérdidas y no el 10.

En las compañías de ómnibus, es todavía como si el negocio no marchara sobre ruedas. Los forasteros se fueron en masa sin boleto de regreso. Luego, el servicio restablecióse un tanto. Actualmente, unas compañías registran un descenso del 40 por ciento y otras del 20 por ciento en el pasaje.

—Son más las gentes que se van que las que vienen— comenta un empleado. Y agrega: —Ya ve usted: hace más de una semana, que aquí en Santiago no pasa nada, pero en La Habana y otros sitios, oyen decir que hay tiros en los cerros y se retraen por sí acaso...

He escuchado otros muchos comentarios. Dejo apuntado los que creo más exactos. Santiago de Cuba es ahora una ciudad sin viajeros de comercio, sin peregrinos al Santuario de la Virgen de la Caridad del Cobre, sin turistas. Y sin santiagueros que compren como todos los días.

(Escribo esta crónica el martes 12). La normalidad regresa lentamente, ayudada por el buen humor típico del cubano. Un limpiabotas, cuando le preguntó si tuvo pérdidas, me responde:

—¡Claro, señor! ¡Pa correr no se necesita brillo en los zapatos!

El otro día, en rueda de amigos, estábamos comentando la insurrección. Ya se habían hecho las conjeturas posibles y descartado las suposiciones fantásticas, vulgo **bolas**. La conversación cayó entonces en el tema de las víctimas inocentes. Cosa de examen largo y peliagudo. Algunos pusiéronse medio filósofos. De pronto, uno citó a la que parecía la más inocente víctima de la insurrección. La noticia había sido publicada por un diario santiaguero, aunque en muy pocas líneas, según corroboraron todos. Como acaso la ignoran los lectores de Alerta, aquí va.

Sucedió que por allá por Ojo del Toro o uno de los lugares donde se ha combatido recientemente, había una patrulla avanzada. Caída la noche, los soldados mantenían esa actitud de escrutar las sombras que es propia de las circunstancias. Súbitamente, prodújose ruido entre unos matorrales. Dieron las voces de alto. El ruido siguió. Dispararon entonces una ráfaga de fusil ametralladora. Hecho el silencio, volvieron a escuchar. El ruido anterior había cesado. Instantes después, explorando, encontraron muerta a una vaca.

La otra noche, pedí a la botica una medicina. El mozo que la trajo tenía una oreja vendada. Descartando la posibilidad de que fuera un imitador de Van Gogh le pregunté si aquello era resultado de la insurrección.

—Fue mi suegro, señor —respondió—, y a pesar de que lo mantengo. Yo estaba dormido y el viejo llegó borracho. De un machetazo, por poco me rebana la oreja...

Luego añadió, con esa certera sencillez del pueblo:

—Mucho ron, mucha sangre...

Aquí en Santiago, como en todas partes vivimos actualmente en un mundo de conjeturas y de **bolas**. Pero imagino, de oír la radio y leer los periódicos,

que el fenómeno prodúcese en esta ciudad en más reducida proporción que en el resto de la Isla. Y es natural. Desde la distancia, vese a Oriente como el foco insurreccional y se puede hacer funcionar la imaginación libremente. Aquí, somos testigos presenciales o poco menos. La imaginación es controlada por la realidad. Todos ven que la ciudad de Santiago de Cuba está en paz y nadie duda de que los escasos expedicionarios no podrán romper el cerco. Los llamados a la concordia y al cese del fuego y el derramamiento de sangre que publican muchos periódicos, los locales inclusive, han contribuído a que la insurrección sufra en Oriente una derrota psicológica.(1)

(1) Periódico Alerta, 13 diciembre 1956. La Habana.

EL SALDO DE LA SANGRE

Al regresar a Santiago de Cuba, después de dos breves días de ausencia, encontré con una noticia impresionante. Una grande y conmovida manifestación de mujeres recorrió la ciudad, pidiendo con lo que Malraux podría llamar también "las voces del silencio", el cese de la sangría enconada. (1) Es más notable que hubiera en la manifestación, mujeres de todos los sectores: la oposición, el gobierno, los independientes. Un diario local publicó una fotografía en la cual dos madres —la de un militar y la de un civil muertos— se abrazaban llorando. Era un abrazo de solidaridad en el dolor y significativo de una común esperanza. Toda la manifestación quiso decir lo mismo. No tenía color político. Ningún partidismo la alentaba. Era un llamado a la paz, dirigido por las mujeres santiagueras, a la conciencia de la nación. Surgía de la orfandad, del desamparo de los hogares heridos, de la patria desgarrada. Era un producto de ese dolor desesperado que es el saldo de la sangre.

He caminado por varios países de América Latina y visto muchas manifestaciones de mujeres. Siempre estaban alineadas según su color político, o sus creencias religiosas, o sus intereses de empleadas o trabajadoras. El caso de la manifestación de las mu-

(1) Se refiere a la manifestación de madres, llamada "la manifestación del silencio" que organizada por Vilma Espín, Fela Tornés, Pilar Serrano, Amalia Ros, Cayita Araujo y otras madres santiagueras, salió a la calle el 4 de enero de 1957, como protesta por el asesinato del niño-mártir de la Revolución, William Soler, y los jóvenes Hugo de Dios Soto y Froilán Guerra, y demás ciudadanos que fueron torturados y asesinados por la tiranía batistiana en Cuba.

jes de Santiago de Cuba, es único en nuestros países. Se han reunido, llegando desde todos los frentes, creencias y clases, con un propósito común, en defensa del ser humano, esté donde esté, sea quien fuera. La historia de las guerras civiles habidas en América Latina —por desgracia bastante extensa—, tendrá que apuntar el ejemplo dado en Santiago de Cuba con reverencia. No es poco hacer lo que han hecho las mujeres santiagueras. No es poco decir, en países como los nuestros, donde a lo largo de centurias háse regado sangre en implacables luchas fratricidas.

El tiempo de la guerra civil, en realidad, está tocando a su fin. Por una razón técnica. En tiempos pasados, el alzamiento del civil era más factible por la equivalencia de armas. Un paisano armado, no se diferenciaba mucho, y a veces nada, de un soldado. Ambos peleaban con fusiles. Las ametralladoras eran lujos de los ejércitos latinoamericanos y no había tanques ni aviones.

Me asaltan recuerdos de los días de mi niñez. Cuando allá por los años que fueron del 10 al 20, se levantaban los guerrilleros en los Andes peruanos, estaban meses echando tiros y tenían en jaque al ejército. En años anteriores, hasta lo habían vencido. No había ni siquiera buenos caminos y la tropa regular se fatigaba hasta de perseguirlos.

Sabemos lo que pasó en México a la expedición punitiva mandada por el general Pershing. El soldado que luego habría de mandar las fuerzas de su país en la Primera Guerra Mundial, cubriéndose de gloria, fue derrotado en México por el guerrillero Pancho Villa. Este tomó la técnica de escurrirse, para luego caerles por sorpresa a las tropas norteamericanas. No podían acabar con Villa en tierra y el aire estaba sin aviones, tanto para examinar los movimientos del guerrillero como para bombardearlo.

Pero ya esos tiempos han pasado. Los tanques, los aviones, la artillería ligera y pesada, los medios eficaces de transporte, le han dado una superioridad neta al ejército en luchas en las que, como opositores, tenga a civiles. Valentía e idealismo aparte. Si el ejército se mantiene unido, derrota siempre a los civiles.

Es lo que ha venido ocurriendo en las últimas décadas. Del fenómeno han tomado nota muchos líderes civiles. Pero todavía quedan algunos remisos a confrontar la nueva realidad, especialmente los jóvenes. Es propio de la juventud dar por posible lo imposible y lanzarse a la lucha con denuedo. Su idealismo no ha sido aún moderado por la experiencia. Inclusive, en muchos casos, los jóvenes se niegan a aprender de la experiencia. La guerrilla tiene todavía partidarios entre ellos, así sean poco numerosos. Creen que aún pueden saltar la valla técnica.

Es obvio que la insurgencia civil victoriosa es cada día más escasa en América. (1) Un recuento de lo sucedido en los últimos decenios, nos revelaría que la lucha abierta en tal frente, casi siempre ha fracasado. Excepción es el caso de Bolivia, pero allí se dividió el ejército, que luego fue arrasado. Por lo general decenas, centenas, millares de civiles, han muerto en pugnas tan sangrientas como inútiles.

Siendo todo esto así, resulta clara la necesidad de que en nuestras repúblicas se empleen nuevos métodos de lucha y nuevas tácticas, dentro de una nueva concepción de la problemática política y social. Si no todos los civiles quieren aceptar la razón técnica que invalida la guerrilla de pueblo contra ejército, es tiempo de que frente a tal situación se afirmen los sentimientos de humanidad.

(1) Ciro Alegría, al comienzo, temía que fuera imposible que las guerrillas triunfaran. A medida que se fue alzando la figura de Fidel Castro reconoció —como veremos más adelante— que había surgido un verdadero líder, el único capaz de tan enorme hazaña.

Harto se han desangrado, enconado y desorganizado nuestras repúblicas, inútilmente. El cese de la lucha baldía y la conciencia de que la paz y el respeto de la vida, sea ésta de quien fuese, deben constituir la base del progreso de nuestros pueblos, serán buena cosecha de la siembra de humanidad. En tan cívica faena se han presentado colectivamente, por primera vez en América Latina, las nobles mujeres de Santiago de Cuba. El crecer de su sentimiento puede hacer historia.(2)

(2) Periódico Alerta, 10 de enero 1957. La Habana

UN PUEBLECITO EN LA REVOLUCION

San Vicente, el pueblecito donde vivo y desde el cual me ha tocado ver de cerca la revolución cubana, tendrá unos ochocientos o mil habitantes. Sus casas coloreadas, que rompen la verde uniformidad del campo isleño, están en un pequeño valle, más bien una encañada, entre dos alargados cerros de blandas curvas. Sobre los cerros yérguense muchas palmeras, bello lugar común del paisaje cubano.

Por la calle central del pueblo pasa la carretera, que comienza en Santiago de Cuba y, describiendo una curva, termina en Guantánamo. Desde San Vicente puede irse a Santiago de Cuba en veinte minutos. Tomando la dirección contraria, cerros adentro, la misma carretera puede llevarnos a pueblos que se llaman Dos Bocas, El Cristo, La Maya, Songo y varios más. En Guantánamo está la base naval yanqui. Pasan bastantes vehículos por San Vicente. Pasa el tren, justamente junto al jardín de la casa de mi cuñado, (1) donde vivimos mi mujer y yo, situada al pie de un cerro. Y nada más pasa. La vida es tranquila. La población da para tres bodegas y ningún cine.

Cuando vine a residir aquí, en mayo de 1957, por haberme casado con Dora Varona, dejé a una Santiago de Cuba donde estallaban petardos y la policía se vengaba, furiosa, apresando, torturando... Pero en San Vicente, por todas las apariencias, la vida continuaba igual. Según he podido ver, la pujante revolución que encabezara Fidel Castro tuvo dos etapas: el año 1957 fue de acciones esporádicas, de incertidumbre, de expectación, de conjeturas. El 58 fue de guerra continua y amplia, de confianza, de resolución, de evidencias. No es necesario mencionar el éxito.

(1) Arnoldo Varona Gil.

Cuanto pasó aquí en San Vicente, aunque en pequeño, es revelador del fenómeno general. Entre mil hechos, contaré los más ilustrativos.

Un día de 1957, nuestra vieja cocinera, una morena estoica llamada Encarna, reveló a mi mujer su secreto. Uno de sus hijos se había ido a la revolución. "Cállate y reza", le dijo mi mujer. Se hablaba entonces de la revolución como de algo remoto, cuyo escenario era la Sierra Maestra, en tanto que el llano ofrecía un peligro particular. "33.33" era el "chivato", o espía a sueldo, porque era esa la cantidad que recibía del gobierno. Eran civiles los 33.33 y, al parecer, había uno detrás de cada puerta. Como indicio del tráfico de armas y municiones, de mensajeros a quienes se perseguía, los ómnibus y autos eran detenidos y revisados al entrar y salir de Santiago, por las tropas del ejército. No pocas veces, la misma revisión se hacía a mitad de camino, frente al cuartel de un lugar llamado Boniato. Volando alto, cruzaban grandes bombarderos. En San Vicente no se oía un tiro, ni cerca ni lejos.

En 1958, la situación comenzó a cambiar rápidamente. Circulaban noticias de las acciones de armas, cada vez más próximas. Se escuchaba, noche a noche, a la radio rebelde. "Aquí, radio rebelde, transmitiendo desde la Sierra Maestra, territorio libre de Cuba".

Se formó un pequeño comando revolucionario en San Vicente. Encarna nos anunció que otro de sus hijos se había marchado a la guerra. Pronto lo hicieron más.

Una noche, en la caseta que hay en el paradero del tren, se reunieron cosa de treinta hombres. Se marchaban al lado rebelde. Un niño de quince años, había obtenido permiso de sus padres para irse a la guerra, pero los otros no lo quisieron llevar. El chiquillo les regaló un libro de oraciones que su madre le había dado y se quedó llorando. De ese grupo, vol-

vieron como veinte. Para algunos, no hubo armas y otros no llevaron sus papeles de enrolamiento en forma. Las muchachas iban a Santiago y dábanse maña para volver con botas, comida en conserva y telas para uniformes de los soldados del "26 de Julio". La hija de uno de los altos jefes de la compañía para la cual trabajó, muchacha educada en un "college" en los Estados Unidos, se marchó a la Sierra(1). Cierta noche, sonó un nutrido fuego de fusiles, durante horas. Un grupo rebelde bajó hasta San Vicente, requirió algunos automóviles y camionetas y en ellos marchó hasta las inmediaciones del cuartel.

No pudo tomarlo y, de regreso, uno de los vehículos se estrelló contra un árbol y murieron dos rebeldes. Los cadáveres quedaron al lado de la carretera. Allí estuvieron durante horas. Los soldados que pasaban en sus "jeeps", dispararon repetidamente sobre los cadáveres. El fracaso en la toma del cuartel fue ampliamente contrabalanceado por la indignación que el ensañamiento produjo. Un avión fue despatchado a perseguir a los rebeldes atacantes que, sin poder pasar por El Cristo, donde había aún otro cuartel, dejaron los autos y camionetas y treparonse a un cerro, perdiéndose entre los árboles. El avión disparaba por un lado y otro, pero aparentemente no podía localizarlos. Perdió como dos horas ametrallando la espesa manigua. La gente se reía, no tanto del avión, como del dictador escondido en La Habana.

El tráfico a Santiago comenzó a sufrir esporádicas interrupciones. En un lugar llamado Curva de la S y por aquí, por allá, miembros del "26 de Julio" detenían los ómnibus y los automóviles. A veces los quemaban. Sonaban repetidos tiros cerca y lejos.

(1) Alegría se refiere a Vilma Espín, entonces coordinadora del M-26-7 en Santiago de Cuba. Esta era buscada afanosamente por el coronel Salas Cañizares, jefe de la policía de Batista en dicha ciudad. La misma tuvo que unirse a las guerrillas de Raúl Castro en 1958, situadas en el territorio del II Frente Oriental "Frank País". Vilma Espín es Presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas.

Surgió en San Vicente un pequeño héroe llamado Pedrito. Tenía una motocicleta y aceptaba ir a Santiago, por medicinas o cualquier encargo, arriesgando pescarse un balazo. Muchas de mis crónicas fueron llevadas por tan notable viajero. Luego, de pronto, hubo un período de calma. El tráfico de la carretera se normalizó.

Por el cielo pasaban aviones y un helicóptero. El humorismo del pueblo se lucía poniendo nombres. Una avioneta de exploración, que volaba a poca altura, como husmeando, era llamada **La Chismosa**; a un avión metrallero decíanle **El Llorón**; al helicóptero, **El Gallo Desplumado**.

La calma no había sido otra cosa que el preludio de una gran ofensiva. Los barbudos combatientes del ejército de Fidel Castro llegaron a San Vicente y terminaron por atrincherarse a la salida del pueblo, mirando hacia Santiago. Sobre esto y los combates que se libraron, hablaré más adelante.

Soldados combatientes reciben su frugal ración en un colegio del pueblo de El Cristo, Oriente. Ya con el optimismo de la proximidad a San Vicente, antesala de Santiago de Cuba.



SAN VICENTE DURANTE LA OFENSIVA FINAL

Rumores de la ofensiva final del ejército de Fidel Castro, comenzaron a intensificarse en octubre. Los rumores son moneda corriente en las guerras, pero esa vez parecían ciertos. En la carretera que pasa por San Vicente, desatóse el más grande sabotaje al tráfico que yo haya visto. Recuerdo perfectamente que el 11 de octubre fui a Santiago de Cuba, con el propósito de mandar un cheque familiar y traer algunas cosas más para mi casa. Circulaban pocos vehículos. Supe que habían quemado muchos ómnibus en la Curva de las S. Cuantos autos lograban pasar, tenían permiso del "26 de Julio" o se arriesgaban. No había patrullas militares en el camino. Todavía fui una vez más a Santiago, el 22, a dejar la novela que había yo seleccionado en el concurso continental que auspiciara México. Tomé un ómnibus que por casualidad pasaba. Pregunté a la conductora por los demás. "Mi compañía tenía ocho y han quemado ya siete; a éste lo guardamos hoy", contestó. De regreso, el chofer del auto me dijo que no viajaría más. Entre los pasajeros iba otro chofer a quien conozco, vive en Dos Bocas. Me contó que el comando revolucionario de su pueblo le había aconsejado que no sacara su auto. San Vicente, más y más, guardaba recuerdo de los rebeldes. En el cerro al pie del cual está mi casa, se instaló una partida. El tercer hijo de mi cocinera Encarna incorporóse a la misma. Encarna mostraba un dolor estoico. Sus tres hijos estaban ya en la revo-

lución y de dos de ellos no sabía nada. La partida del uno bajaba al pueblo, en las noches. Algunos tenían fusil y otros no. Una de las características del ejército rebelde era la de armarse a medida que avanzaba. De día, la partida no hacía otra cosa que otear. De cuando en vez, el hijo de Encarna bajaba con alguna comisión. Sobre la carretera y el pueblo cayó un silencio absoluto. El tren no corría, por levantamiento de la línea en algunas partes, hacía mucho tiempo. Una noche, los rebeldes de San Vicente atacaron una vez más el cuartel de Boniato, siendo rechazados. Extendióse de nuevo el silencio, un gran silencio, que nutriase de expectación cada día.

Con aviso previo, pues los rebeldes sanvicentinos lo anunciaron, retirando a los vecinos más próximos, volaron una tarde los transformadores de la luz eléctrica. Fue una gran explosión que los del cuartel de Boniato, cuando menos, debieron oír. Nadie llegó de la fuerza pública. La avioneta Chismosa pasaba provocando risas. Compramos velas y, sin refrigeradores aptos, las mujeres hicieron sus planes. Los rebeldes hicieron una manifestación pública en la calle central, la noche del 3 de noviembre. Quien quiso acudió a ella, aplaudiendo a los oradores. Era evidente que el pueblecito estaba ya incorporado a la zona rebelde, así no lo hubieran tomado con las armas. El 4, día de mi cumpleaños, periodista impertérrito como soy, terminé de escribir unas crónicas. Pude aún mandarlas ese mismo día con una familia amiga que consiguió movilidad para irse a Santiago. Por la tarde, corría voces de que los rebeldes estaban rodeando, después de bajar de los cerros, los cuarteles de El Cristo, La Maya y Songo. Por la noche, una avanzada de la Columna 9, compuesta de acaso cincuenta hombres, ocupó el pueblo. La guerra había llegado a San Vicente.

Todos habíamos hecho preparativos o, al menos, algunos planes. Mi vecino Juan Sardá cavó un refugio

y me tenía invitado a ir allí con mi familia, pero cuando vi tal refugio, consideré que era poco adecuado contra bombas explosivas. Tenía examinado una especie de túnel que cruza bajo el terraplén del ferrocarril. Hice correr la voz de que era bueno y toda la gente de mi sector fue a verlo. Ofrecían confianza sus firmes piedras y los tres metros de tierra que había encima.

La noche del 4, pasaron frente a mi casa algunos vecinos a quienes conocía, provistos de palas. Me dieron la voz. No necesité preguntarles que iban a cavar trincheras. Alumbrado por una linterna, yo estuve escribiendo hasta muy tarde. En la mañana del 5, mi mujer y su madre me despertaron, entre un crepitante estampido de fusiles. Creí necesario calmar a mi mujer que es muy sensitiva, demostrando calma. Les dije que me trajera el desayuno a la cama y así lo hicieron. Se oía el rumor de varios aviones sobre el pueblo. Mientras tomaba el desayuno, pedí a mi mujer que guardaran en una maleta mis papeles: novelas, cuentos a medio hacer, que tomarán forma definitiva algún día y son, de hecho, lo único que tengo. Así lo hizo y mi suegra partió hacia el refugio, llevándose dos maletas, ayudada por un vecino. Tuve a bien afeitarme. Mandaron un emisario, desde el refugio, diciendo que fuéramos pronto. Tuve a bien bañarme. El fuego de fusiles y aviones arreciaba. Dora entró al baño conmigo, por más que insistí en que fuera al refugio no quiso hacerlo sin mí. Su voluminoso vientre se estremecía mientras sollozaba y rezaba arrodillada en el piso del baño. De vez en cuando miraba por la ventana del baño y me refería el tipo de avión que nos estaba bombardeando. Cuando terminé de bañarme y talquearme, como todos los días, Dora ya se había calmado. Salimos de la casa para ir al refugio.

Un avión nos vio mientras caminábamos por el patio. Estaba a poca altura y nos vio claramente. Población civil, sin armas. Sin embargo, voló hacia nos-

otros, ladeándose súbitamente. Corrimos hacia la pared de la casa, junto a la cual crece un árbol. Con todo, el avión disparó una ráfaga de ametralladoras. Las balas cayeron varios metros más allá, pelando la corteza de un álamo. Yo me tiera al suelo, abrazando a Dora y obligándola a hacer lo mismo. Tuvimos una demostración exacta de cómo combatía la gente de Batista. Corrimos hacia el refugio.

Esa especie de túnel, de unos treinta metros de largo, estaba atestado. Como no es alto, la gente estaba allí sentada o en cuclillas. Mi suegra hallábase cerca de la entrada. Pedí a voces que le hicieran un sitio a mi mujer, que ya tenía más de 8 meses de gestación. Ella avanzó unos seis metros, hasta encontrar un espacio difícilmente logrado, entre llantos de niños y un vaho caliente. Yo me quedé junto a la entrada y allí estaba también un viejo guajiro llamado Pedro. Este enjuto anciano me dio una demostración de valor y humor al mismo tiempo. Había que ver la forma en que comentaba los lances del combate. El aire se llenó de olor a pólvora. "¡Qué sabroso huele la pólvora!", comentó Pedro. De pronto, se le ocurrió ir a curiosear más de cerca y así lo hizo, desapareciendo al doblar de mi casa. Yo me quedé haciendo de vigía. Era interrumpido a cada minuto por los niños, que salían a orinar vez tras vez. Un viejito, que tenía cuerdas allá una casa maltrecha, rogaba a la Virgen de la Caridad del Cobre que le salvara su casa, que nos salvara a todos. Los hombres fumaban incensantemente, llenando el túnel de humo. Había una mujer que estaba como muerta. Un niño raquítico, de aspecto mongoloide, miraba fijamente a Dora. Algunos pequeños comenzaron a orinarse dentro del túnel mismo. Alguien lloraba. Yo pensé que, si los aviones orrojaban gelatina, como lo habían hecho antes, ese refugio no nos serviría de nada. Por el contrario, la gelatina incendiada resbalaría derecho al túnel, igual que pasaba con el agua de las lluvias. Para no alarmar a la gente, llamé a Dora en inglés. Quería

que se acercara a la puerta, en previsión; pero al razonar que su desplazamiento podía provocar el pánico entre las doscientas o más personas que había en el refugio, le dije en español que se quedara donde estaba. Al poco rato, mi suegra se fue a preparar café. No tardé en ver o mejor, en oír, que el combate terminaba, por lo menos esa mañana. Un grupo pasó corriendo sobre el terraplén. Un avión picó sobre ellos. Zumbaron balas de fusil y ametralladora. El grupo se había detenido para disparar y siguió retirándose. Por la carretera que está a unos cincuenta metros, se oyó un sordo rumor de grandes carros y las ametralladoras parecían una tormenta. A lo lejos, sonaron explosiones de grandes bombas. Todo se fue calmando luego. El guajiro llegó a decir, sonriendo, que saliéramos.

Cuanto había pasado era que los cincuenta rebeldes cavaron trincheras en una loma que hay a la salida del pueblo. Pensaron también volar un puente, pero las cargas no explotaron. Esos cincuenta rebeldes fueron atacados primero por la aviación, que además ametralló a los civiles porque quiso. Luego, avanzaron trescientos hombres a pie acompañados de tanques y carros blindados. El grupo de rebeldes no pudo resistir tal empuje y se retiró. La acción duraría, en total, dos horas.

Las fuerzas de Batista, avanzando carretera adelante, desalojaron a los rebeldes de El Cristo, La Maya, Songo y todos los pueblos, hasta encontrarse con otras que hacían lo mismo, partiendo de Caimanera, que está cerca de Guantánamo. La radio rebelde anunció una tregua de tres días y autos y ómnibus circularon con cierta parquedad.

Entre la gente de mi casa sólo resultó herida Encarna. Habíase salido del refugio antes de que yo llegara y, escondida en otro lugar, un fragmento de granada le alcanzó la pierna. El singular Pedrito la llevó en su moto al Hospital de Emergencia de Santiago.



Ciro Alegría acompañado de un combatiente de la Sierra Maestra, San Vicente, Dos Bocas, Oriente. 3 de Noviembre de 1958.

EN LAS ULTIMAS ETAPAS DE LA REVOLUCION

Después de la retirada del 5 de noviembre y los tres días de tregua, quedó la interrogación de cuándo los rebeldes volverían a tomar el pueblo. Los convoyes de las fuerzas de la dictadura pasaban atronando el aire. Creo que el 10, ví pasar uno que constaba de dos carros blindados que iban delante, diez camiones repletos de soldados, un jeep desde el cual se operaba un radio teléfono y otros dos carros blindados que cerraban la marcha.

El día 14, al levantarme, ví que un grupo de soldados rebeldes caminaba riendo por la línea del tren. La noche anterior habían tomado de nuevo San Vicente.

Unos vecinos pasaron con sus palas. No tardé en oír golpes de hacha, mientras tomaba el desayuno. Un poco más tarde, bajé a la calle principal a informarme en detalle. Habían llegado unos trescientos hombres de la columna 9. Algunos estaban tumbando grandes árboles sobre la carretera y, en la cabeza de un puente, cavaban una profunda zanja, con ayuda de los vecinos de San Vicente. No podrían pasar los carros blindados ni ningún vehículo. La tropa que atacara tendría que avanzar a pie. Por lo demás, me causaron la mejor impresión esos sencillos y barbudos soldados, a los cuales la propaganda oficial les decía despectivamente "fidelocomunistas". Acusábaseles de saqueadores, incendiarios, asesinos. Vi que trata-

ban con el mayor respeto a la población civil: en las bodegas pagaban lo que consumían y, pese al aspecto fiero que les daban sus barbas y sus luengos cabellos, carecían de ese aire de matonería que es tan frecuente en los alzados. Eran más bien corteses y demostraban un gran entusiasmo, una segura satisfacción de formar parte del ejército rebelde. Cuanto no me gustó fue que, lo que no compraban ellos, en las bodegas, era llevado por los vecinos. Volví a casa y dije a mi mujer que debíamos aprovisionarnos. Cuando recorrimos las bodegas, poco fue lo que pudimos encontrar. Los anaqueles estaban casi vacíos.

No quedaba sino esperar. Me extrañaba grandemente que casi no pasaban aviones. La **chismosa** faltaba evidentemente a su papel. Al siguiente día, apareció un bombardero, dio una vuelta y se fue. No recuerdo si pasó también el helicóptero. A eso de las seis de la tarde, fui a visitar el comando, sin otro título que el de ser escritor y periodista. Conocía además a Miguel Planas, antiguo simpatizante del "26 de Julio", en cuya casa estaba alojado el capitán Félix Duque, jefe de la plaza. Encontré que dos de los hijos de Planas se habían incorporado a la revolución; su esposa Zenaida y su hija Ruth, se desvivían en atenciones y Planas rebozaba de júbilo. Estaban allí el capitán Félix Duque y el también capitán Barandella, el teniente Siso y varios clases y soldados. Vestían uniforme verde olivo y todos llevaban barbas y algunos hasta cabellos largos. El capitán Duque, que usaba un sombrero tejano, no tenía la arrogancia que es, casi siempre, característica de los jefes. Es un hombre de trato cortés, pero llano. Sonríe a menudo y habla poco. La mirada enérgica del varón, del hombre de combate. Estaba claro que no sólo daba órdenes sino que también peleaba como un soldado. Tenía el cinturón repleto de cananas.

Después de las presentaciones, me dijo con agradable franqueza:

—Yo no sé mucho de libros, pero me gusta leer...
Le ofrecí regalarle un libro mío. Afirmó que sí había oído hablar de **El mundo es ancho y ajeno** y complacióse de poderlo leer. Seguimos conversando de una u otra cosa. Cuando le manifesté mi extrañeza por la ausencia de aviones, dijo:

—Algo le pasa a la aviación. Antes nos tenían atosigados...

También le hice ver que, por poco que se supiera del arte de la guerra, las fuerzas de la dictadura ya habían perdido dos días en atacar y mientras más se demorasen, mejor afianzarían los rebeldes sus posiciones.

—Así es, —dijo Duque—, pero no vienen. Los estamos esperando. Usted lo ve...

Duque me contó algunas experiencias de guerra que sería largo apuntar aquí. El y muchos de sus oficiales y soldados, eran veteranos de la Sierra Maestra. No se necesitaba ser muy perspicaz para advertir que era gente curtida en el combate. Al despedirnos Duque me dijo:

—Diga a su familia que no se alarme, cuando oiga explosiones. Esta noche volaremos un puente.

En casa, después de comer, nos pusimos a jugar canasta a la luz de una linterna. A eso de las diez de la noche, sucesivamente sonaron tres grandes explosiones. Un obstáculo cierto para que pasara el material blindado. Las explosiones debieron ser oídas muy claramente en el cuartel de Boniato, pero nadie llegó al siguiente día.

Las fuerzas de la dictadura, atacaron el 18. Lanzaron primero sus aviones y luego llegaron, hasta el puente, con sus carros blindados y en camiones. Al no poder pasar y sin la ventaja de los carros blindados, apenas se desplegaron frente al río. Duque mis-

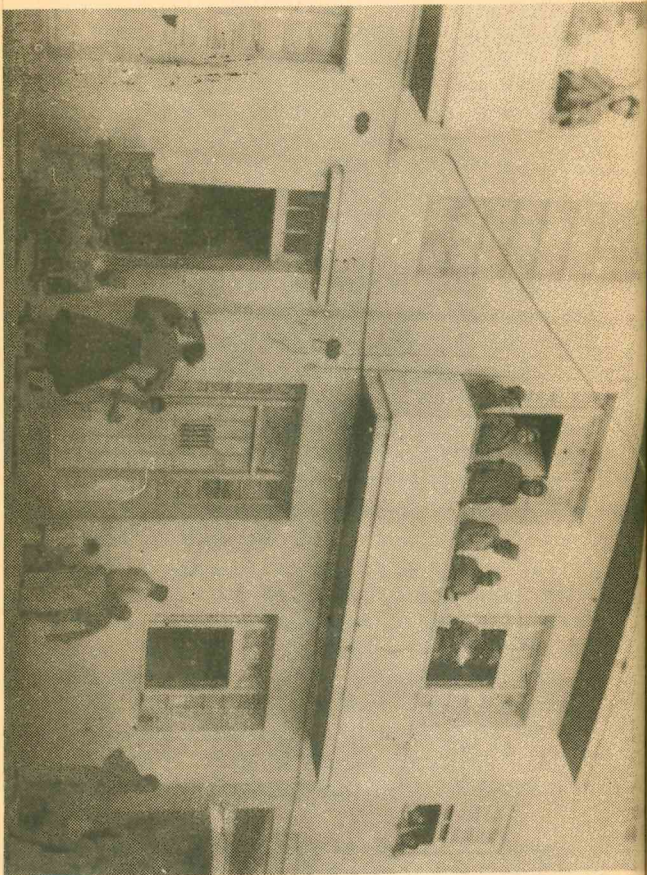
mo estuvo disparando y no empleó sino la mitad de sus fuerzas. Como los batistianos serían unos quinientos, mandó por refuerzos. El combate duró como una hora y los atacantes se retiraron al sufrir sus primeras bajas. Uno de los flancos de la fuerza rebelde, que no había entrado en acción, disparó en el momento de la retirada. El refuerzo, unos doscientos hombres, llegó cuando ya había pasado el combate. Duque, (1) hombre de guerra, tuvo un rato de mal humor esa mañana. Había querido aniquilar a la fuerza dictatorial, pero ésta se fue demasiado rápido en sus carros y camiones. Los rebeldes no tuvieron ni una baja.

El botín consistió en un saco de balas, que recogió Cheo Planas, quien combatía por primera vez. También recogieron los rebeldes una caja de acero. Como podía ser explosiva, la mandaron cerros adentro, para que la abriera un experto. En la noche, llegó Huber Matos, comandante de la columna 9, quien mandó llamar para conocerme. Lo encontré rodeando la mesa de Planas, en compañía de Duque y otros oficiales. A la luz de mecheros a gasolina, estaban discutiendo asuntos militares frente a un mapa o papeles que apenas veían. Les alargué una linterna eléctrica que llevaba, a fin de que se alumbraran mejor y como no me gusta ser entremetido, salí al corredor a esperar que terminaran su conferencia. Sentado allí, mientras contemplaba el cielo de una magnífica noche tropical, pensaba en la pobreza de ese ejército que estaba desmoronando a la tiranía de Batista. Aquellos hombres rebeldes de la columna 9, no tenían ni una buena linterna con qué alumbrarse. Ho-

(1) El entonces capitán Félix Duque participó en los combates de Santo Domingo, Provincia, El Salto, etc., durante la contraofensiva rebelde en la Sierra Maestra. Del 27 al 28 de Julio de 1957 se combatía en todos esos frentes. Duque cayó prisionero de los guardias de Batista, pero logró fugarse, tirándose por un farallón. Cosa similar le ocurrió cuando Playa Girón. Hubo un momento en que se adelantó a las tropas revolucionarias y cayó prisionero de los mercenarios. Al rendirse éstos, fue liberado.

ras después, vi que tampoco tenían en qué dormir. Dimos prestada ropa de cama para que durmiera el comandante Huber Matos. ¡Esos eran los saqueadores! Esa era, en realidad, la honrada pobreza que hacía triunfar a una revolución.

Vista de la ocupación del Hotel Rex, de Santiago de Cuba, por los rebeldes (enero de 1959). En este hotel residió Ciro Alegria de 1956 al 57.



Fragmento de una carta de C. A., dirigida a su amigo Henry Bonneville. (1)

"Como en el pueblecito no quedaba ningún médico, pues todos se habían ido a Santiago y mi mujer estaba por dar a luz, pedí un salvoconducto al capitán rebelde Duque, del cual me había vuelto amigo. A pie fuimos a Santiago y Cecilia nació cuando ya el ejército rebelde había comenzado a rodear la ciudad. Le he hecho una historia muy corta. A los pocos días se fugó Batista y la guarnición de Santiago se rindió. Esto marcó el fin. Pero así nació Ceci. Tentado estuve, más de una vez, de escribir una biografía de la pequeña, contando todo lo que pasó, aun antes de nacer. Hasta sobre su cuna hubo tiros. Era que por los techos, los rebeldes victoriosos perseguían a unos gubernamentales, de un ejército particular que formó un diputado Masferrer. Tal vez sería de interés ver una revolución latinoamericana en relación con la vida de una niña, pues desde ese ángulo nunca se las ha visto. ¿Qué le parece?"

(1) Decano de la Facultad de lettres et sciences humaines de Grenoble, Francia.



Ciro Alegría con Dora Varona y Cecilia, nacida el 23 de diciembre de 1958.

VICTORIA EN CUBA

Llegué a Cuba en el año 1953. El 26 de julio de ese año corrieron noticias bastante confusas acerca del asalto que Fidel Castro había efectuado al cuartel Moncada. Fidel Castro había sido un líder político, que comenzó siendo miembro del Partido Ortodoxo Cubano. Los puntos de vista del Partido Ortodoxo eran bastante moderados; creo que podrían ser considerados los de un partido del centro.

Existía un cierto escepticismo en la opinión pública. Grau San Martín, Prío Socarrás y otros líderes, habían defraudado al pueblo, repitiendo la vieja historia de corrupción y no hacer nada, que caracterizaba desde hacía muchos años a los gobiernos cubanos.

Fidel Castro comenzó a luchar en 1953 junto a un pequeño grupo al que había conseguido convencer de que la acción directa era posible, de que se podía derrotar al ejército. Sólo con esto, la entidad de Castro se reveló como algo excepcional, ya que para el pueblo cubano el ejército era algo invencible.

Castro atacó el Moncada y fue vencido. Después de muchos incidentes, en los que realmente se salvó por milagro, Castro fue sometido a proceso. Allí hizo una demostración de entereza y de espíritu político. Preguntado por el fiscal si tenía un incitador, respondió que sí, y después de una larga pausa, agregó que ese incitador se llamaba José Martí. No puede negarse que esta manera de presentarse ante el tri-

bunal era gallarda, y además llena de ingenio. Fue condenado a diez años y enviado a Isla de Pinos. Batista, desestimando la personalidad de Castro, un día dictó una ley de amnistía y lo puso en libertad. De vuelta en La Habana, Castro publicó algunos artículos contra el gobierno, fundó el Movimiento 26 de Julio y, con la gente que quiso acompañarlo, se fue a México, diciendo que volvería para derribar a Batista. Se pensaba que Castro nunca podría vencer a un ejército de 25,000 hombres, bien provisto de tanques y armamentos modernos.

Una vez en México, buscó el apoyo del general Bayo, quien en mi opinión, es tan responsable de la Revolución Cubana como el propio Fidel. Durante varios meses, Bayo entrenó a los futuros guerrilleros que no sabían absolutamente nada de guerrillas. Fue en ese entonces que se incorporó a las filas revolucionarias el argentino Ernesto Guevara, quien estaba trabajando en México como un médico sin muchas posibilidades.

La expedición no podía salir, debido a las dificultades económicas. Por ese entonces, Prío Socarrás estaba en los Estados Unidos sin poder abandonar el país, mientras que Castro no podía entrar en él; en realidad, a ambos se les había entablado juicio por contrabando de armas. Pero Castro se citó con Prío a orillas del Río Grande, y a fin de entrevistarlos, cruzó el río a nado. En realidad, la hazaña no era nueva para Castro. En una anterior expedición a Santo Domingo, la barca en que viajaban los revolucionarios fue apresada, y si Castro logró escaparse, se debió exclusivamente a que pudo atravesar a nado la Bahía de Nipe, llena de tiburones.

Una vez que Castro hubo desembarcado en Playa Colorada, fue atacado de manera sorpresiva por el ejército de Batista, que le infligió un duro castigo

(1). Castro perdió casi toda su gente; de los 82 hombres que llevaba, sólo le quedaron 12, y de esos 12 sólo había 8 que tenían fusiles.

Castro propuso seguir luchando, decidido a derribar la dictadura de Batista. Por lo pronto averiguó qué cuartel podía atacar en primer término. Eligió uno pequeño, que sólo tenía 20 hombres. Lo atacó y lo tomó. Allí había una ametralladora. Castro tomó por el cañón esa ametralladora y dijo: "Ahora tenemos Revolución" (2). Pero la Revolución estaba muy lejos de ser ganada; eso era tan sólo un pequeño paso adelante.

Hay que decir la verdad para pintar qué ambiente había allí. En ese momento, todo el pueblo de Cuba daba a Castro por derrotado, cuando no por muerto.

En ese momento Fidel Castro, que tiene un talento muy grande para los golpes de propaganda, mandó un recado a La Habana para que se le consiguiera un corresponsal norteamericano que pudiera dar una noticia impresionante. Consiguieron a Herbert Mathews, conocido periodista de *The New York Times* que era tenido por liberal. Mathews pudo llegar a Santiago, disfrazado de turista, y de allí fue llevado a la estribación de la Sierra. Cuando se entrevistó con Fidel Castro, éste tenía 34 hombres; Mathews creyó que esos 34 constituían su guardia personal, cuando en realidad era todo cuanto tenía Fidel. Mathews publicó la noticia, y la información cayó como una bomba. Naturalmente, Batista la desmintió, pero Mathews publicó una foto en la que aparecía con Fidel Castro.

(1) Se refiere a la sorpresa de Alegría del Pío, el 5 de diciembre de 1956.

(2) El autor menciona el ataque al cuartel de La Plata, el 17 de enero de 1957.

Este hecho produjo una movilización general. Sé, por ejemplo, de un muchacho(1) que hasta ese momento había sido un buen lector de la Biblia y un entusiasta de la música clásica; a partir de ese momento, se reveló como un buen combatiente, juntó un gran número de hombres y los envió a la Sierra.(2) Con este refuerzo, no demoró Castro en atacar —y tomar— otro cuartel donde el gobierno tenía 100 hombres.(3)

Crecía la idea de que Castro se estaba volviendo una fuerza. El pueblo iba tomando confianza en ese hombre y en ese grupo que no podía ser vencido. Pero la Revolución estaba confinada a la Sierra Maestra. La huelga de abril de 1958, que Fidel Castro provocó con el propósito de abatir a Batista con un movimiento obrero, no resultó. Hay que considerar que en esa época muchos dirigentes obreros eran millonarios. Hasta abril de 1958 la Revolución todavía se planteaba indecisa. Más tarde, como a pesar de todo la Revolución seguía adelante, y a pesar de cuanto decía la prensa, Fidel Castro seguía tomando pequeños puestos y también armamentos, el gobierno decidió movilizar una fuerza de 5,000 hombres que se dirigió a la Sierra. Fue entonces que Fidel Castro ganó la Revolución. Atacó el ejército, pero las fuerzas de Fidel Castro lo rechazaron, provocándole la pérdida de mucha gente y de mil fusiles. Una importante fuerza gubernamental, mandada por el Comandante Quevedo, fue acorralada y vencida en un proceso que duró una semana.(4)

- (1) El autor se refiere a Frank País, entonces jefe nacional de acción del Movimiento Revolucionario 26 de Julio.
- (2) El primer contingente de hombres enviados a la guerrilla de Fidel Castro se componía alrededor de 53 guerrilleros. Fueron enviados por Frank País.
- (3) Se trata del ataque y toma del cuartel del Uvero, el 28 de mayo de 1957. El comandante Ernesto Ché Guevara diría en uno de sus relatos sobre el combate del Uvero: "Para nosotros fue además, la victoria que marcó la mayoría de edad de nuestra guerrilla".
- (4) Se trata de la batalla del Jigüe, efectuada del 11 al 21 de julio de 1958.

También el pueblo se iba movilizando. Yo tenía una sirvienta mulata. Sus tres hijos se fueron a la Sierra, y aunque la mujer estaba lógicamente preocupada por su suerte, en realidad se mostraba conforme con la actitud valiente demostrada por ellos. Una noche, frente a mi casa en San Vicente, en el paradero del tren se citaron veinte hombres para dirigirse al monte. Un cabo reclutaba la gente y se presentó un muchacho de 15 años, que había obtenido el permiso de su madre, pero los otros no lo quisieron llevar.

En Santiago de Cuba pude ver algo de la Revolución en cuanto significaba de esfuerzo en una tarea de sabotaje. Por ejemplo: hacían bajar a la gente de las guaguas (así llaman a los autobuses) y los incendiaban. Las tripulaciones de los ferrocarriles iban tomadas de las barandillas, listas para tirarse no bien estallaran las bombas. Luego, dejaron de correr los trenes. Había momentos en que uno se preguntaba si los soldados del ejército podrían disparar contra alguien. Había un silencio absoluto. En una línea que contaba con 18 ómnibus, fueron quemados 16. El gobierno se desesperaba. Viendo que no podía controlar la Revolución, inició la más bárbara tarea de terrorismo deliberado que haya tenido lugar en América Latina. Se tomaban presos a los sospechosos de revolucionarios, se les torturaba y luego aparecían sus cadáveres en las cunetas de los caminos. Un día cazaron a un barbudo en el campo, lo mataron y luego pusieron el cadáver sobre la capota de un auto policial y lo pasearon por las calles al compás de una conga, cantando: "Que viva Batista, muera Fidel". Aquello fue indignando a la opinión y tuvo un efecto contrario al que buscaban, ya que era una suerte de vejamen repugnante.(1)

- (1) Se refiere el autor al asesinato del guerrillero Arquímedes Colina Antúnez que perteneció a la Columna N° 10 "René Ramos Latour", del III Frente Oriental "Santiago de Cuba". Su cadáver fue paseado el 3 de octubre de 1958 por las calles de la ciudad de Santiago de Cuba y mantenido varios días insepulto como escarmiento.

Cuatro combatientes de la Sierra Maestra. El segundo de izquierda a derecha es el Comandante Raúl Castro y el cuarto el Capitán Félix Duque. Santiago de Cuba. Enero de 1959.



Mientras tanto, Fidel Castro legislaba como si estuviera al frente de la República. Puso un impuesto a los ganaderos, y con ese impuesto pudo comprar más armas de contrabando, que venían tanto de Estados Unidos como de México. Llegaron a tomar siete aviones. Yo conocí a Nydia Pérez, que asaltó uno de esos aviones.

Por ese entonces conocí al capitán Duque.(1) Era un hombre pequeño como un guijarro, duro y sencillo. Había sido dulcero. Conversé con él y me impresionó su deseo de mejorar al país y a toda América Latina. A Duque le gustaba mucho leer, revelaba una gran inteligencia natural y un valor admirable. Me anunció que volarían el puente, y el puente fue volado. Al día siguiente, Duque se atrincheraba frente al río con sus 200 hombres. Le envió a Fidel Castro este mensaje: "Cuando pasen por aquí, será porque todos estamos muertos". Esa cabeza de contención tenía por objeto aislar a todos los otros cuarteles. Vino el ejército. Como el puente estaba volado, no pudieron pasar los tanques, así que se estacionaron frente al río. El fuego duró tres o cuatro horas. Temiendo por la posición, Duque solicitó la ayuda de una columna volante de 300 hombres, pero cuando esta columna llegó, el ejército se había ido". ¿Por qué tienen la moral tan baja?", le pregunté a Duque. "Porque se la hemos bajado", contestó él.

Vinieron cuatro veces más. Un día los revolucionarios hicieron una maniobra especial, que consistía en meter una botella de leche —cargada con alto explosivo— debajo del asfalto. Así volaron varios tanques.

El pueblo celebraba todo esto e inventaba motes. A los soldados los llamaban casquitos; a los helicóp-

(1) Cita al hoy comandante Félix Duque, quien dirigía las operaciones guerrilleras en la zona de Boniato y San Vicente, zona del III Frente Oriental.



Grupo de combatientes de la Sierra Maestra. Sentado a la mesa el Comandante Raúl Castro. De pie, de izquierda a derecha, el cuarto es el Capitán Félix Duque y el sexto el Capitán Hubert Matos.

teros los denominaban gallos desplumados; una avioneta, era una chismosa.

En una oportunidad en que habían tomado 75 prisioneros, les quitaron el casco y les dijeron: "Váyanse a Santiago". Los soldados llegaron a Santiago de Cuba con todo el aire de la derrota. Allí las autoridades no dejaron que se juntaran con los otros soldados y una noche los mandaron en avión a La Habana. Ese episodio fue una especie de bofetada al ejército de Batista. Todo esto, agregado a la constante lucha, hizo que el pueblo se fuera sumando más y más a la Revolución. Hay momentos en que un pueblo llega a un estado en que puede votar por un partido pero no está dispuesto a morir por ese mismo partido. Había que ver cómo ese mismo pueblo, que hacía años no estaba dispuesto a hacer nada por nadie, estaba ahora resuelto a luchar y a morir por un partido.

Los avances de Cienfuegos y el Ché en la provincia de Camagüey y en Santa Clara, llegaron a la opinión por intermedio de la radio rebelde. Al principio, esta era escuchada con escepticismo pero con curiosidad; después, fue ganando mucho crédito, porque siempre decía la verdad e incluso informaba de las derrotas. A las nueve de la noche, ya era una costumbre en Cuba conectar la radio y escuchar las noticias revolucionarias.

Mientras Cienfuegos y el Ché Guevara llegaron a Camagüey, Fidel Castro bajó y dio una cruenta batalla en el llamo.⁽¹⁾ Allí Castro se reveló como un estratega de clase excepcional; iba aislando ciudades y después las tomaba. El general Cantillo, primero se entrevistó con Fidel Castro y le prometió rendir la garnición de Santiago, pero no lo hizo, y se fue a La Habana. Batista no podía controlar la situación

¹⁾ Se trata de la contraofensiva rebelde iniciada a partir de los combates de el Jigüe, Santo Domingo, Las Mercedes, Providencia, Cerro Pelado y otros, cuyo fin fue expulsar de las montañas al ejército de Batista y tomar al fin el llano.

Soldados revolucionarios entrando a Santiago de Cuba, el 9 de Enero de 1959. Sus rostros marcados por el sacrificio, se ven iluminados por el triunfo. Al fondo, uno de los muros del Cuartel Moncada.



y estaba muy desanimado. Cuando Cantillo apareció en La Habana, Batista le dejó el mando y se fue a Santo Domingo con sus más allegados. Cantillo, por su parte, intentó controlar la situación. Se creyó superior a Batista, pero ya la situación no podía ser controlada por Batista ni por nadie. Cuando se fue Batista, todo Santiago de Cuba estaba en actitud de lucha. El coronel que allí quedaba, entregó la ciudad sin pelear.

Fidel Castro, con gran visión del momento, ordenó al Ché y a Cienfuegos que con su pequeña fuerza tomaran La Habana. Columbia tenía 10,000 soldados; los revolucionarios, con su pequeña fuerza de mil hombres, tomaron Columbia sin que se disparara un solo tiro.

El gobierno se trasladó a La Habana, mientras Fidel Castro iba carretera adelante, visitando pueblos que lo acogían como a un apóstol. Cuando llegó a La Habana, fue recibido por una clamorosa muchedumbre, llena de una esperanza en Cuba, como jamás se había visto en la historia del país.

Desde el comienzo, Fidel Castro mejoró la situación económica del pueblo, rebajando los alquileres aproximadamente en un 50%. Como es natural, eso trajo una violenta reacción de parte de los constructores, quienes no quisieron cooperar. Entonces Fidel Castro creó el Instituto de Ahorro y Vivienda. Cuando me vine de Cuba, la Revolución comenzaba a enfrentarse a aquellas clases que se sentían lesionadas en sus intereses.

Pero el punto álgido de la Revolución fue la reforma agraria.(1) Para el cubano, las palabras reforma agraria constituían una vieja ficción. La Consti-

(1) Fidel Castro había proclamado el 20 de octubre de 1958, desde la Sierra Maestra y a través de la Radio Rebelde, la ley de Reforma Agraria.

Aguerridas jóvenes combatientes, con uniforme de campaña y armas que utilizaban en la contienda. 9 de Enero de 1959, día de la entrada triunfal a Santiago de Cuba.



tución de 1940 había autorizado una reforma agraria, pero Grau San Martín no había efectuado ninguna y Prío Socarrás había puesto en ensayo una pequeña finca agrícola.

En Cuba, la reforma agraria es hecha ley. A mi juicio, una ley admirable, que ojalá sea imitada por todos nuestros países, inmensas haciendas donde los campesinos nacen, viven y mueren sin otra esperanza que ganar unos centavos al servicio del latifundio. La reforma agraria cubana redujo la tenencia de tierra a 30 caballerías; el resto pasó al Estado, para ser entregada a los campesinos, ya sea en forma individual o de cooperativas agrícolas.

También en esto se ha demostrado la integridad de los líderes revolucionarios, punto éste que considero muy importante. En América Latina hemos tenido partidos y líderes revolucionarios, que al llegar al poder echaban a perder la teoría revolucionaria por medio de compromisos y componendas. Los hermanos Castro aplicaron la ley agraria a sus propias tierras; a las de Fidel, a las de Raúl, y también a las de su hermano Ramón. La ley agraria también fue aplicada a la familia de Celia Sánchez, la secretaria de Fidel Castro. Aún hoy, esta actitud entusiasma a los guajiros, ya que sirve para confirmarles que el gobierno está procediendo con absoluta equidad.

Claro, se ha impugnado mucho la ley agraria, desde el punto de vista del derecho de propiedad, y se le juzga como reforma comunista.

Sin embargo, la ley agraria cubana no se diferencia mucho de la que llevó a cabo el general Mac Arthur en el Japón. Naturalmente, allí no era comunista por la sencilla razón de que no afectaba a intereses yanquis.

La campaña que acusaba de comunista al gobierno revolucionario fue creciendo. Al principio era débil; comenzó simplemente porque los comunistas obtuvieron libertad, y esto causó malestar. Se pensó



Fidel Castro, en una de sus primeras intervenciones públicas, después del triunfo de la Revolución.

que los comunistas tenían demasiada libertad. Varias veces lo ha dicho Fidel Castro: "La Revolución Cubana no es roja sino verde olivo".

"La Revolución es tan cubana como nuestras palmas". Y realmente eso es cubana. Tiene elementos extraídos tanto de la ideología socialista como de la liberal. Tiene mucho de democracia y de socialismo.

Cuando dejé Cuba, el pueblo —con excepción de la clase alta— seguía respaldando en un 80% a la Revolución. La apoyaban especialmente los obreros, los campesinos y la clase media. He visto mitines en La Habana, como no he visto en ninguna parte, ni siquiera en los Estados Unidos. He visto un millón de personas reunidas en la Plaza de la República, demostrando hacia el gobierno un entusiasmo realmente impresionante. Si consideramos las relaciones entre gobierno y pueblo, me atrevería a decir que en este momento el gobierno cubano debe ser el más popular del mundo. Fidel Castro ha llevado a cabo una verdadera Revolución, una verdadera transformación. Hay que verla como un hecho nuevo. Toda revolución es un proceso de cambio, una ruptura con el pasado. La Revolución Cubana ha venido a hacer nueva historia en América Latina, como sólo la han hecho quienes nos dieron la independencia.

Ahora está siendo amenazada con un bloqueo económico. Eso me parece muy peligroso, ya que la agresión económica puede hacerle mucho daño a la Revolución, aunque de todos modos no creo que termine con ella. En cuanto a la agresión armada que se dice está preparándose desde Guatemala,⁽¹⁾ creo que

(1) El escritor, con su perspectiva de comentarista internacional apuntó en este trabajo, escrito antes del ataque mercenario a la bahía de Cochinos, la intriga y los preparativos que hacía el gobierno imperialista de los Estados Unidos contra la Revolución Cubana. Efectivamente, el 15 de abril de 1961, grupos de contrarrevolucionarios cubanos, entrenados por la CIA, trataron de establecer una cabeza de playa en la Ciénaga de Zapata, siendo derrotados a las 72 horas por las fuerzas populares, integrada por el Ejército Rebelde, las Milicias y el pueblo cubano. Efectivamente, se establecieron bases de mercenarios en Miami y en Centro América (Nicaragua y Guatemala) Fue la primera derrota imperialista en América.

esa o cualquier otra agresión a Cuba no podrá triunfar porque no tendrá el apoyo del pueblo. Si Fidel Castro no hubiera tenido el apoyo de los guajiros, no hubiera podido triunfar. Estos contrarrevolucionarios no tendrán el apoyo del pueblo y fracasarán como han fracasado hasta ahora todos los intentos de invasión. Pero, suponiendo que haya una fuerza enorme que pueda tomar las ciudades de la costa, no creo que el asunto haya de terminar con Fidel Castro y los suyos, que se harían fuertes en las montañas y los contrarrevolucionarios no los podrían vencer, ya que Castro se convertiría en un super-Sandino.

Hablo en una forma estrictamente personal. No pertenezco a la Revolución Cubana, soy un escritor independiente y he sido testigo de ese fenómeno. Lo he visto con el interés que en todo latinoamericano ha despertado la Revolución. Entiendo que América Latina tiene una cierta misión que cumplir: la de tratar que este movimiento enorme y significativo se estabilice y sea permanente. A ningún pueblo se le puede obligar que tenga un gobierno que no quiere tener. Como dijo el canciller peruano Raúl Porras en San José de Costa Rica, América Latina debe luchar porque se respete a la Revolución Cubana y por eso que él llamó espíritu de conciliación. América Latina debe tratar de que a esta pequeña nación del Caribe no se la aisle ni se la pueda liquidar.(1)

(1) *Marcha*, diario de Montevideo. 28 de octubre de 1960 (notas taquigráficas tomadas de una charla del escritor, invitado por el Núcleo de Apoyo, en Rincón 542, Montevideo). Reproducido por *Islas*. Revista de la Universidad Central de Las Villas. Mayo-Agosto 1961, Santa Clara. Cuba.

EL PEQUEÑO COLONO Y LA REFORMA AGRARIA

Sin que se haya promulgado todavía la ley de reforma agraria, el solo anuncio de sus postulados generales ha concitado el entusiasmo del pueblo y las más diversas entidades. He caminado 25 años por América y durante ese cuarto de siglo, jamás ví que se acopiaran tanto dinero y tantos implementos mecánicos, en calidad de donativos, para respaldar una ley. El de Cuba es un estimulante ejemplo de la consonancia que debe existir entre la obra de un gobierno y los deseos de un pueblo. Tengo también la seguridad de que todo el pueblo de América Latina, ese doloroso mundo de hombres sin tierra, está fundamentalmente interesado en la revolución cubana a causa de la reivindicación que es de todos y trasunta la reforma agraria. Este es el punto sobre el que más se ha hablado y menos se ha hecho en América Latina. México efectuó una reforma agraria parcial. En otros países nuestros, muy pocos, hubo intentos fallidos. En todos, es un anhelo popular al que entran los grandes intereses. Si Cuba logra realizar una reforma agraria integral, abrirá una nueva etapa histórica, no sólo en Cuba, sino en toda América Latina. Será también de ver con admiración cómo la más joven de nuestras repúblicas, logra llevar a la práctica un ideal que es sólo dolorosa esperanza aun en las más antiguas. Cruenta y larga ha sido la lucha del pueblo por la tierra. En el problema sin resolver, reside también la mayor contradicción de las llamadas

“democracias” latinoamericanas. Siendo que surgieron, teóricamente al menos, bajo la égida de los Derechos del Hombre, dejaron prácticamente intacto al latifundio, sustento de oligarquías y en consecuencia, de tiranos.

Por medio de la reforma agraria, en Cuba se dará un paso decisivo hacia la libertad económica del pueblo y por tanto, hacia la verdadera democracia. En realidad, libertad económica y democracia son términos que se conjugan inseparablemente. Pensar otra cosa, es incidir en el confusionismo de los políticos profesionales o de las gentes acostumbradas a las ideas hechas. Para poner un ejemplo: ¿Qué puede interesarle la libertad de prensa, gran conquista democrática, a un analfabeto?. (En América Latina, como promedio, hay un 70% de analfabetos). Y así sepa leer, ¿cómo puede comprar siquiera un periódico cada día, el labriego que tiene que mantener una familia con un ingreso de \$25.00 al mes, o menos? Este pequeño ingreso mensual, frecuente en el campo cubano, es todavía grande comparado con el de otros campesinos latinoamericanos. Y la población campesina suma de 80% en nuestras repúblicas. Tal clase campesina vive entonces, bajo la rigurosa lógica de los hechos, sin usufructuar las muy constitucionales pero también muy teóricas ventajas democráticas. Son las oligarquías agropecuarias quienes han mandado siempre, creando tal estado de cosas, pese a todo el barullo sobre democracia que arma la gente de la ciudad. En realidad, en nuestras llamadas “democracias” el gobierno es de minorías y para las minorías. Cuando por cualquier circunstancia, —y la más frecuente es la presión del pueblo—, la parodia democrática falla o se vuelve riesgosa, los grandes intereses agropecuarios la echan de lado también y siempre encuentran a la mano un dictador. El tirano es, como fenómeno latinoamericano, un subproducto del latifundio y de las industrias extractivas de materias

primas. La gran obra de la Revolución Cubana será, a mi juicio, la de transformar la existencia en los campos, mediante la reforma agraria, elevando todo el nivel de vida del país y asentando por fin la democracia, el gobierno del pueblo, en las bases económicas que le son imprescindibles y sin las cuales, el sistema no existe o es un simple remedo.

— Como periodista y escritor, me he interesado siempre por los problemas de la tierra, que considero primordiales en América Latina, ya que mientras no queden resueltos, poco será lo que podamos conseguir en realidad, así avancemos en otros planos. Creo inclusive que el adelanto de las ciudades, logrado a expensas del campo, revalida la servidumbre en términos modernos y cierra toda posibilidad cierta de progreso. De lo cual resulta que me entusiasma la reforma agraria que proyecta la Revolución Cubana. Sucede también que por residir desde hace dos años en el campo (en San Vicente, localidad situada a veinte minutos de Santiago de Cuba), las circunstancias me han puesto en contacto con campesinos y pequeños colonos, cuyo drama no es otro que el ya clásico: vivir oprimidos y postergados por los latifundistas y dueños de centrales, sin haber tenido en el pasado más esperanza que la de poder conformarse con la que parecía ser su suerte. Acuciado por la demanda de dos pequeños colonos, los señores Thomas J. Wilkinson y Miguel Planas Chávez, paso a exponer brevemente el grave problema que padece un amplio sector de la industria azucarera.

Sucede que, según me informan dichos señores, sólo en la provincia de Oriente hay más de catorce mil pequeños colonos y en toda Cuba deben existir, calculando aproximadamente, unos cincuenta mil. El problema principal consiste en que los más de cuantos forman tan abultada cifra de pequeños colonos, están en la condición de pequeños colonos sin cuota, o sea que no les muelen sus cañas. Entre tales

pequeños colonos, existen inclusive muchos a los que ni siquiera se les ha permitido inscribirse en la Asociación de Colonos, no obstante estar provistos de sus contratos con los ingenios respectivos. Además, aun a los mismos pequeños colonos con cuota se les muele muy reducida cantidad de la cuota asignada o ninguna, aduciendo que son colonos posteriores a 1952 y no tienen derecho. En el sector del pequeño colono, la caña vuélvese un laberinto.

Dase también el caso de que los pequeños colonos son, en un 90%, dueños de su propia tierra, que los centrales no arriesgan nada con el cultivo de las cañas y que tales colonos sólo tienen beneficios en caso de que les quieran o puedan moler. En cambio, los centrales firman amañados contratos según los cuales, todas las ventajas seguras son para el central, quedándoles a los pequeños colonos la posibilidad de perder trabajo y capital, si no obtienen molienda, la que generalmente consiguen los colonos cuyas tierras dependen del central o los grandes colonos, que gozan de influencias y privilegios.

De acuerdo con los mismos leoninos contratos, los pequeños colonos tienen que ver secarse sus cañas sin poderlas vender a otro ingenio, en caso de que la solicite. Tampoco pueden sembrar fruto alguno en las guardarrayas, por prohibición del Instituto del Azúcar, so pena de que no les muelan las cañas a quienes tal hagan. Pese al cumplimiento de la disposición, los pequeños colonos ven que llega el tiempo de molienda y sus cañas siguen igual. Casos ha habido en que los centrales convencieron a cultivadores de café para que tumbaran plantaciones ya logradas y las reemplazacen con caña, aduciendo la ventaja de ganancias mayores. Arrasados los cafetos, plantada y crecida ya la caña, se han negado a molerlas finalmente. Enorme cantidad de pequeños colonos sin cuota no ha molido durante los últimos dos años y parece que en la presente zafra, a menos que el gobierno

tome inmediatas medidas, tampoco molerá. Siendo que la caña pierde vitalidad entre los tres y los cuatro años y acaba por secarse, dichos pequeños colonos se encuentran en una situación muy difícil, dada la posibilidad de perderlo todo. Para empeorar todavía más su situación, existe una artimaña que da por resultado el "trasiego" de cuota, complicada maquinación que conocen los expertos y permite la estructura económico legal de la Legislación Azucarera. Solamente por dicho trasiego de las cuotas que pertenecen a los pequeños colonos, calcúlase que dejan de percibir una cifra aproximada de \$25'000,000 al año.

Dada la condición que atraviesa y a la que ha venido a parar por una acumulación de abusos y yerros, el pequeño colono sin cuota es una especie de reserva eventual, el último puñado con el cual se puede llenar el saco y al que se da lugar sólo si hace falta. En relación con las tierras que emplea, los reducidos capitales que moviliza y los riesgos que corre, es sin duda el más maltratado entre todos los agricultores cubanos.

Las reivindicaciones inmediatas de los pequeños colonos son: una legislación de emergencia que les permita moler sus cañas este año y la abolición de los intereses de los capitales invertidos, que han permanecido inmóviles por no haberse molido las cañas en las zafras anteriores.

Sería lógico pensar que la Asociación de Colonos de Cuba estuviese contemplando los intereses de los pequeños colonos y defendiéndolos. Tanto Planas Chávez como Wilkinson, afirman que dicha sociedad está dominada por los latifundistas, grandes colonos y dueños de ingenios, de manera que no hace en realidad nada por defender a los pequeños. Debido a tal postergación, los pequeños colonos han comenzado a movilizarse por su cuenta y no hace mucho, más de mil de ellos se reunieron por primera vez en el Ayun-

tamiento de Santiago de Cuba. Su intención es la de crear un movimiento que abarque a todos los pequeños colonos de la Isla, hacerse oír de la Asociación de Colonos y, en caso de no lograrlo, formar una sociedad aparte, demandando del gobierno la legislación adecuada para constituir la Asociación de Pequeños Colonos de Cuba.

La política general del naciente pero ya vigoroso movimiento de los pequeños colonos, es la de dar absoluto respaldo al gobierno de la Revolución, especialmente en lo que respecta a la reforma agraria, el alza de salarios y todas las medidas de beneficio social. Esperan los pequeños colonos que la legislación azucarera sea modificada en forma que no permita su postergación ni los trasiegos de cuota y que la Ley de Reforma Agraria contemple su caso de manera justa y definitiva. Son cincuenta mil colonos quienes han sufrido un largo desamparo, una de esas injusticias que tipifican un pasado de opresión.

Por mi parte, he escrito las precedentes líneas sin otro propósito que el de contribuir a exponer un problema que merece estudio atento y la adopción de medidas vigorosas que lo resuelvan justamente. Creo que el espíritu que anima el proyecto de la reforma agraria es el de esparcir la riqueza entre el mayor número de ciudadanos, para asegurar el bienestar general y lograr una libertad basada en la justicia. Siendo así, no dudo que la situación de cincuenta mil pequeños colonos expoliados será debidamente contemplada, para bien de Cuba y una revolución que en todos los pueblos latinoamericanos despierta esperanza.(1)

(1) Artículo inédito, escrito por C. A. en San Vicente, meses después del triunfo de la Revolución.

OPINIONES DE CIRO ALEGRIA SOBRE LA REVOLUCION CUBANA

La grandeza de encarar y atacar al latifundismo

Ciro Alegría, el laureado autor de "El mundo es ancho y ajeno", que desde hace algún tiempo reside en las proximidades de Santiago de Cuba, viejo conocedor de revoluciones en toda la América y sin duda una autoridad para enfocar certeramente los asuntos económicos, sociales y políticos de los pueblos, fue entrevistado recientemente para el diario "Sierra Maestra" de la capital oriental.

Luego de considerar en dicha información distintos aspectos de la revolución cubana, **Ciro Alegría enfoca el programa de la Reforma Agraria y nos dice esta excelente exposición:**

"Esta reforma que es necesaria, ha sido un punto de vista sostenido por casi todas las revoluciones de Hispanoamérica y aún hasta de España. El latifundista ha sido el mayor causante de los atrasos de la América Española porque ha controlado, directa o indirectamente al ejército para golpes de estado que atropellaban las democracias; pero en Cuba, la aplicación de la Reforma Agraria va a dejar asentada su revolución como la mayor consecución lograda en Hispanoamérica. Esta revolución ha revitalizado la fe de los pueblos de la América Latina en la que los grandes se habían vuelto poco menos que invulnerables, y en Cuba, puede decirse que se comienza a ganar independencia democrática y económica. En otros lugares los intentos revolucionarios se han vuelto intentos de palabras que se han desprestigiado por no afrontar los grandes problemas del país, porque los líderes no hicieron nada por corregir los excesos de colonos y latifundistas; pero la revolución cubana es distinta porque tiene la grandeza de encarar y atacar al latifundismo".

Periódico **Revolución** 18 de abril 1959. La Habana.

"Mas revolucionaria en el poder"

"Porque esta Revolución se está haciendo más revolucionaria al llegar al poder que en el campo de batalla...

Dentro del antiguo régimen meramente liberal las fuerzas económicas poderosas podían aplastar y hambrear al hombre con toda libertad, pero la Revolución cubana lo ha impedido, haciendo una renovación social y defendiendo al campesino cubano".

(Ciro Alegría desde Oriente).

Periódico **Revolución**. Primera edición.

¿DE FIDEL CASTRO?

Es una personalidad extraordinaria. Lo digo con plena imparcialidad porque al principio creí que lo derrotarían, como en mil casos latinoamericanos ha pasado. Pero en la acción, Castro reveló una gran talla de combatiente y conductor. Se quedó con doce hombres en la Sierra Maestra, por poco liquidado, y resolvió seguir luchando. Ese es uno de los momentos grandes de Fidel. Lo demás, es bastante conocido. Sobre Castro, podría suscribir el juicio de Herbert Mathews, corresponsal del **New York Times**. Además, lo que está haciendo es una revolución y una revolución es algo nuevo. No hay que medirlo con las medidas corrientes.

Entrevista: "Alberto Hidalgo y **Ciro Alegría** frente a frente" Revista **Gente de Lima** N° 20 del 1° de marzo de 1960.

INDICE

Biografía de Ciro Alegría	11
Presencia en Cuba (1953-1960)	17
Ciro Alegría y la Revolución Cubana	28
Carta de Ciro Alegría a Fidel Castro	32
Santiago de Cuba - 30 de noviembre de 1956	36
Homenaje al transeúnte	39
Elegía del transeúnte	40
El transeúnte en las revoluciones	41
Santiago: Un mundo de conjeturas	42
El saldo de la sangre	46
Un pueblecito en la revolución	50
San Vicente durante la ofensiva final	55
En las últimas etapas de la revolución	61
Victoria en Cuba	66
El pequeño colono y la Reforma Agraria	85
Opiniones de Ciro Alegría sobre la Revolución	
Cubana	91

"LA REVOLUCION CUBANA UN TESTIMONIO PERSONAL" SE
IMPRIMIO POR ENCARGO DE EDICIONES PEISA EN LOS TA-
LLERES GRAFICOS DE LA LIBRERIA EDITORIAL MINERVA
MIRAFLORES, SITOS EN GONZALEZ PRADA 553-557 DEL DIS-
TRITO DE SURQUILLO, LIMA - PERU. (REGISTRO INDUSTRIAL
7006) EN EL MES DE MAYO DE 1973.



Librería Editorial
"MINERVA" - MIRAFLORES
Reg. Industrial 7006

la
revolución
cubana
un
testimonio
personal

ciro
alegría



ARGENTINA

"Hablo en una forma estrictamente personal. No pertenezco a la Revolución Cubana, soy un escritor independiente y he sido testigo de ese fenómeno. Lo he visto con interés que en todo latinoamericano ha despertado la Revolución. Entiendo que América Latina tiene una cierta misión que cumplir: la de tratar de que este movimiento enorme y significativo se establezca y sea permanente. A ningún pueblo se le puede obligar que tenga un gobierno que no quiere tener. (...) América Latina debe tratar de que a esta pequeña nación del Caribe no se la aisle ni se la pueda liquidar."

Ciro Alegria.

